

# Escritura creativa

Varios autores



EDICIONES LA RANA

## ESCRITURA CREATIVA

# Escritura creativa

Varios autores

De los textos:

© Ariadna Joselyn Aquino Alvarado, Antonio Araujo Aguirre, José Luis Calderón Vela, María Dolores Bárcenas, Ignacio García, Ernesto Gómez Obregón, Natalia Guadalupe Granados Sánchez, Ivette Gutiérrez Cisneros, Diego Guzmán, José Juan Martínez Guerrero, Julieta Rodríguez Barajas, Daniel Ramírez Pérez, Eugenia Rayas Rivera, Jonathan Rodríguez, Estrella Torres Hernández, Galia del Valle Arizpe Monzón, Juan David Villalpando Collazo.

Los textos aquí publicados son el resultado del Taller de Escritura Creativa convocado por el Instituto Estatal de la Cultura de Guanajuato, a través de Ediciones La Rana. Se llevó a cabo del 8 de mayo al 24 de julio de 2020, en formato digital.

Estuvo a cargo de Lucía Noriega Hernández y Ernesto García Castro.

Diseño de forros e interiores: Virginia Díaz Martínez

Imagen de cubierta: José Chávez Morado, *Pajarero* (boceto), crayola, 36.5 x 33.5 cm, 1974; colección familia Echeverría Zuno.



EDICIONES LA RANA

---

Escritura creativa. Varios autores


Ediciones La Rana/Guanajuato/2021. 176 pp.; 13,5 × 21 cm.

ISBN 978-607-8770-05-2

1. Literatura. Poesía. Cuento. Minificción. 2. Literatura. Poesía. Cuento. Ensayo. Miscelánea. 3. Literatura. Taller de escritura creativa en Guanajuato. Talleristas: Lucía Noriega H. y Ernesto G. Castro. Textos: Ariadna Joselyn Aquino Alvarado, Antonio Araujo Aguirre, José Luis Calderón Vela, María Dolores Bárcenas, Ignacio García, Ernesto Gómez Obregón, Natalia Guadalupe Granados Sánchez, Ivette Gutiérrez Cisneros, Diego Guzmán, José Juan Martínez Guerrero, Julieta Rodríguez Barajas, Daniel Ramírez Pérez, Eugenia Rayas Rivera, Jonathan Rodríguez, Estrella Torres Hernández, Galia del Valle Arizpe Monzón, Juan David Villalpando Collazo.

---

De esta edición:

D. R. ©  EDICIONES LA RANA  
Instituto Estatal de la Cultura  
Callejón de la Condesa núm. 8  
36000 Guanajuato, Gto.

Primera versión electrónica, 2021

ISBN 978-607-8770-05-2

Ediciones La Rana hace una atenta invitación a sus lectores a respetar el trabajo intelectual y, a ese efecto, les informa que la Ley Federal del Derecho de Autor no permite la reproducción de las obras artísticas y científicas, ya sea total o parcial –por cualquier medio o procedimiento–, a menos que se tenga la autorización por escrito de los titulares del *copyright* o derechos de explotación de la obra.

## A modo de presentación

Decía Borges que escribir es una tarea mucho más árida que la de leer. Para alivio y desgracia de los que nos enfrentamos día a día con la página en blanco, agregaba que, finalmente, uno puede leer lo que quiera, pero cuando escribimos, escribimos lo que podemos. Sin embargo, en el taller de Escritura Creativa en línea, nos propusimos –nosotros y estas benditas ganas de llevar la contraria, al menos respecto al segundo punto– hacer de la tarea de pensar el poema, la minificción, el cuento y el ensayo un ejercicio de imaginación propio de niños. ¿No dijo Georges Bataille que la literatura era la infancia por fin recuperada?

Empezamos a trabajar desde las escrituras del Yo, a partir de revalorar las propias vivencias desde nuestros referentes más inmediatos, no sólo para hablar de nosotros mismos, sino también para dejar salir lo que hay de diverso, contradictorio y desconocido en cada uno. Y, junto con pegado, el trabajo pronto se volvió colectivo; nos motivábamos a escribir y escribíamos, incluso a pesar nuestro, porque ¿qué sería de un taller sin los obstáculos necesarios, sin los pequeños juegos donde emulábamos a las escritoras y escritores que admiramos? Nos disfrazamos de Italo Calvino, de Parra, de Pizarnik, de Montaigne o de Woolf. Nos probábamos sus prendas, aunque muchas nos quedaran grandes,

y sus experiencias como creadores, obviamente, nos superarán.

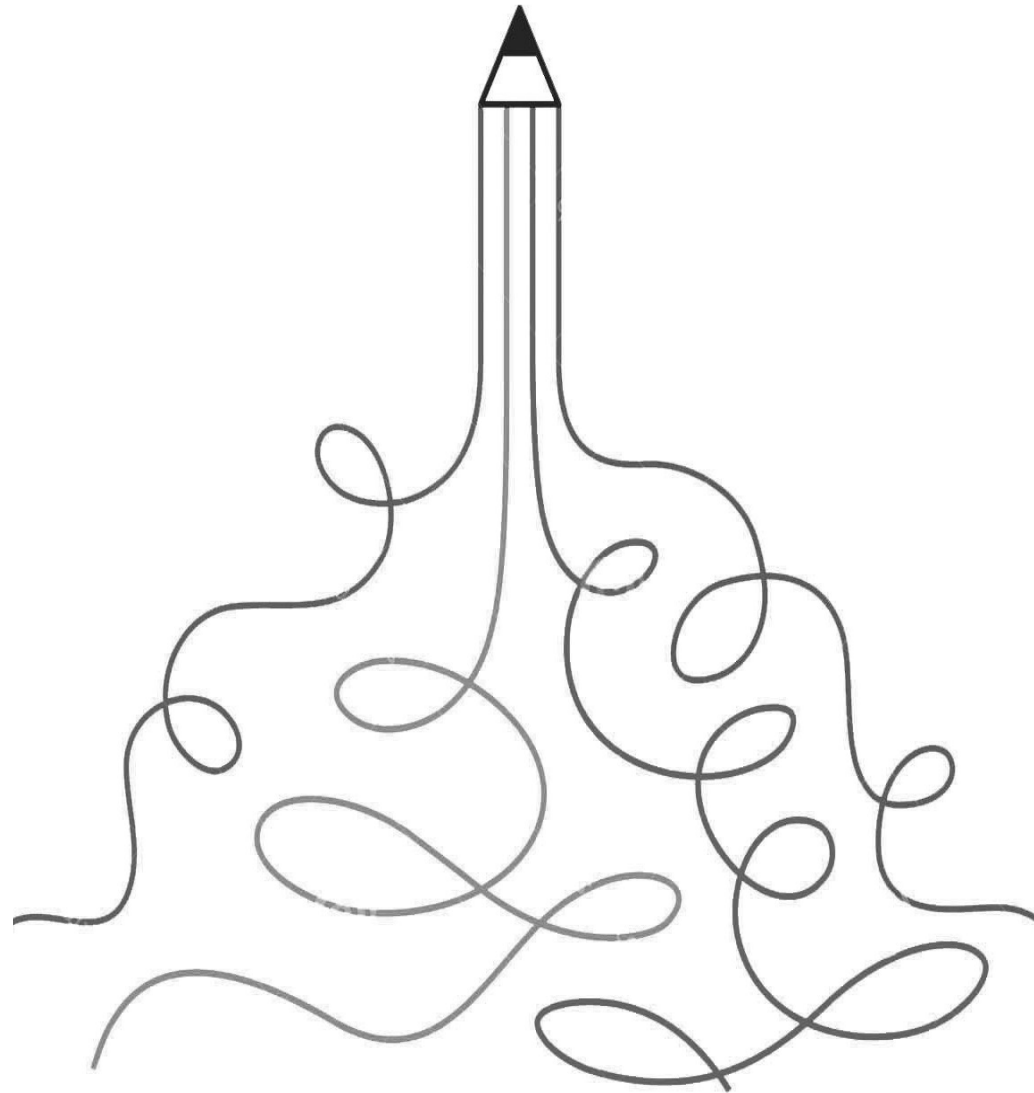
Pero sabemos bien que toda mascarada emana cierta transparencia y una rara aurora de alegría se desprendía cada semana cuando nos veíamos por videollamada, en las condiciones más extrañas: confinados debido a la pandemia. Circunstancia en la que, al menos en apariencia, la lista de cosas urgentes no contemplaba la escritura. Ahí encontramos el milagro, porque a pesar de las adversidades lo seguíamos haciendo: estábamos escribiendo; surgían de nosotros, poco a poco, estas páginas: garabatos, delirios, malviajes, historias, sueños y memorias.

Nuestro deseo es que esta antología sea leída como una bitácora de supervivencia y camaradería, en una época en la que tanto se repite que ya nada vale la pena.

Lucía y Ernesto

\*Una semana después de terminar el taller, falleció José Luis Calderón, poeta y escritor, además de entrañable amigo, a quien queremos dedicar este libro, en el que también participó.

JULIETA RODRÍGUEZ BARAJAS





## Trémula (minificción)

En Trémula, todos nos estremecemos. Nos estremecemos cuando el viento golpea la ventana, cuando los árboles lloran, cuando cantan los niños.

En Trémula, hay grandes edificios tallados en los baobabs y cada cierto tiempo los rompemos para que la tierra se cimbre. Nos gusta que la ciudad tiemble, porque así logramos que todo nuestro cuerpo se estremezca. Si no nos estremecemos morimos.

En Trémula existen días fríos, inermes, días muertos en los que el cielo se torna gris oscuro. En esos días subimos a las grandes montañas de piedra caliza y volcánica que conforman la ciudad, extendemos los brazos y dejamos que el viento nos eleve y desplace sin oponer resistencia alguna. Ahí donde caemos después de la ventisca hacemos casas nuevas dentro de otros baobabs, y ahí donde (debido a la caída) no han sobrevivido todos, les organizamos funerales. Los funerales nos hacen estremecer más que cualquier otra cosa y quizá es gracias a ellos que seguimos vivos, trémulos y fríos.

(poema sin título)

Lacerantes las caricias del sol sobre la piel que habito.  
He ido a buscarle después de tormentosos días nublados.  
Alto brilla el sol.  
Alto el pájaro en su reflejo siembra nieve.  
Apunto está de caer la tarde, de nombrarse nuevamente profano el guerrero águila.  
Profana mi sonrisa y profano mi tacto, profana la angustia de Ícaro cayendo envuelto en cera.  
Abrazo el sol y él abraza a la nube de oriente, estrujándola.  
La nube gime, llora, se vuelve eco, sangra.  
Mis dedos arropan la niebla pálida, inundándose.  
Mi cabello se ha vuelto algas. Cristalina el agua penetrada por el sol ardiente  
resbala por mi piel dorada para fundirse en lágrimas.  
Mis manos escarban en la tierra húmeda del monte donde  
la noche se vuelve  
eco

Sibilantes los árboles gritan, gritan, gritan  
inclinándose, ose, ose, ose  
entumecidos, os, os

¡Raaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaz! Ruge la tierra.

## (minificción sin título)

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, parpadeo, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, parpadeo, uno, dos, tres, cuatro, cinco, parpadeo, uno, dos, tres, cuatro, parpadeo, repito, uno, dos, tres, parpadeo, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, parpadeo, me confundo en los parpadeos que debo de hacer porque ahora la chica me observa directamente, cinco, parpadeo, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, parpadeo, uno, dos, tres, cambio de función. Parpadeo constante. Cambio de función. Me alterno con mis hermanas para parpadear. La chica cambia nuevamente la función. Estoy cansada, quisiera que ya no estuviéramos conectadas a la corriente. Parpadeo rápido, siento que voy a romperme, siento que la chica me mira y va a cambiarme por otra, por alguna de esas que tiene guardadas en su cajón de noche. A mi lado veo a mis hermanas brillar con intensidad, esforzándose. Tengo que aguantar un poquito más, quizá la chica va a apagarnos muy pronto, está a punto de dormir. Cambio de función. No podemos parpadear, tenemos que tener los ojos siempre abiertos. A mi derecha mi hermana "lu" brilla en azul. A mi izquierda, "ce" está en rojo brillante. Más allá veo a "s", vestida de blanco. Yo soy verde y he quedado muy cerca del rostro de la chica, que me mira detenidamente tomándome en su

mano. Estoy segura que sabe que estoy a punto de descomponerme. Que no se dé cuenta, ¡por favor! ¡Quiero seguir aquí! Me suelta, se acuesta. Quisiera que jalara la clavija de una vez, quisiera ya poder dormir. ¿Está llorando? ¡Jala la clavija, jala la clavija, jala la clavija, estoy a punto de parpadear! Oscuridad. ¡Por fin!

La noche. La luz que se enciende tras los cerros ya se encuentra en lo alto pero hoy nosotras estamos un poco incómodas. Antes flotábamos colgadas de extremo a extremo del cuarto y competíamos con las luces de la calle que nos miraban a través de la ventana mientras danzábamos. Arriba de mí está "lu", abajo de mí está "ce", "s" no está, creo que se la llevaron porque está rota. Nos han apilado en un gran montón y nos llevan a una caja grande y oscura. La chica no nos encendió hoy, vinieron algunas personas por ella y también la metieron en una caja, sólo que era de madera. No abrió los ojos, no parpadeó. Quizá solamente esté molesta porque últimamente yo parpadeaba mucho y por eso no se levantó. O quizá también se fundió una de sus hermanas y como funcionan en circuito, ella era inservible, por eso tenían que guardarla también. Quizá la veamos de nuevo en navidad. La tapa. Oscuridad.



## El *Elvis* (cuento)

Silencio. Dos pinches días en los que sólo oigo silencio.  
 Vivo silencio. Muerdo silencio. Soy silencio.  
 Abrí los ojos ayer. Borrosa la calle y borroso el puente.  
 Bajé miándome del frío, no tengo más cartón.  
 El *Elvis* ya no está en su rincón. Yo creo que se lo jodieron  
 los polis o se lo chingó el hambre. Pinche *Elvis*, el muy  
 cabrón me dejó su suéter, el chido, el de tres colores.  
 Yo siempre dije que ese wey me caía bien.  
 Pinche frío y pinche silencio.  
 Ya cerró donde venden cheve y donde hay bolillo.  
 ¿Por qué todos traen trapos en la boca?  
 Prrrr prrr prrr prrr. Las ruedas de *Ejote* están chirri-  
 sas. Prrr prrr prrr prrr. No te me ponches, *Ejote*. Prrr  
 prrr prrr prrr.  
 Silenco. No hay nadie.  
 Grandota la calle vacía. Se me retuerce la tripa.  
 Pinche frío, pinche silencio, pinche hambre.  
 Yo creo que hoy ya me chingué, no voy a conseguir  
 nada. Puertas cerradas. ¡Las voy a romper todas y  
 a quemarlas! ¡Me chingaron! ¡Me jodieron! Muerto  
 de hambre o por el pinche bicho ese. El *Elvis* muerto  
 por jugarle al vergas. El *Kali* en el loquero por creerse  
 que no lo iban a chingar. Al menos el cabrón mordió  
 fuerte a los pendejos esos antes de que lo atraparan.  
 La *Matilde* ya no está tirada en el Juárez porque está

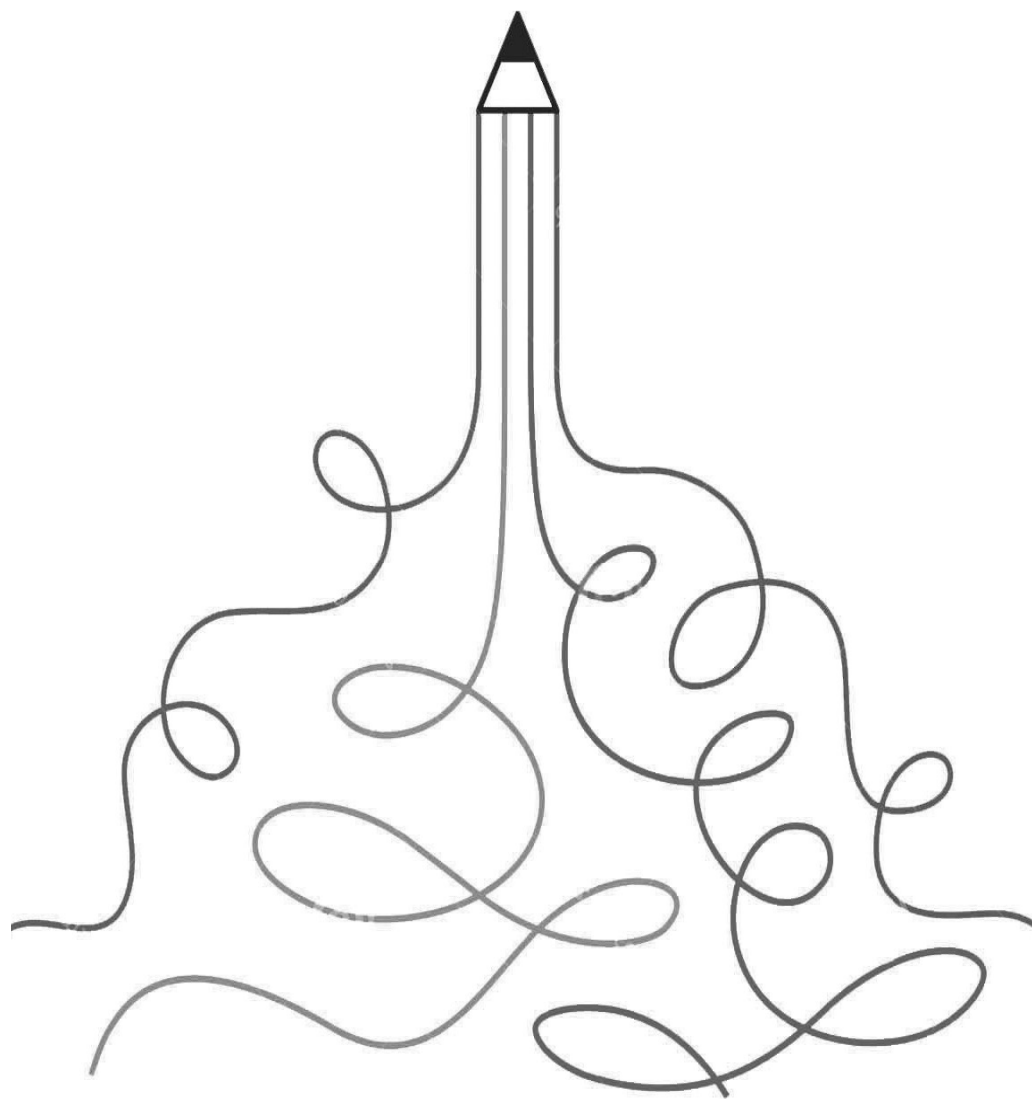
entambada y a mí me cortaron la greña para que no  
 me jodiera nadie.

¡Los que apestan son ustedes!

Mareo. Estoy mareado.

Borroso. Veo borroso.

ERNESTO GÓMEZ OBREGÓN



## El juego contra Pumas (cuento)

Pero a mí qué chingados me va a importar cómo le vaya al Tibu hoy. Ya muy amarga es la vida como para que vengan once cabrones a empeorarla aún más. Y es que, tú me ves ahorita ya más tranquilo. Pero unos añitos atrás, si el Tibu perdía no salía en todo el fin de semana, solamente a misa el domingo y nomás porque tu mamá me obligaba. Por eso me da gusto que tú le vayas al América, al menos en fútbol no vas a sufrir tanto como yo. Porque vieras cómo me tiraban carrilla los lunes en la base, hijo. Todos los demás choferes — ya ves que son chilangos — le van a equipos de acá, aunque también les tocó carrilla, eh. Pero no se puede comparar con las chingas que me ponían a mí. Y es que los demás equipos pierden, a lo mucho, cuatro o cinco partidos por torneo; el Tibu perdía esa cantidad de partidos en un mes, y no solo eso, eh; yo aguanté descensos, ventas de franquicia, desafilaciones. Hubo tiempos gachos. Le debería cobrar a los jugadores las visitas al doctor por la pinche gastritis que me causaron. Pero bueno, te lo digo otra vez: a mí ya no me importa nada cómo le vaya al Tibu.

Mira, por la hora que es, el partido ya ha de andar en el medio tiempo, seguro ya van ganando los Pumas y yo acá ando bien relajado. Antes me dolía más porque sentía que era lo único que me seguía ligando al

puerto. Y es que uno siempre quiere lo que recuerde a su terruño. Pero, ¿viste que en el equipo ya hay puros brasileños, argentinos, chilenos, paraguayos? El Tibu tiene de veracruzano lo que yo de canadiense, me cae. Todo es una pinche mafia. Por eso te digo que si hoy perdemos y nos vamos al descenso, me da absolutamente lo mismo. ¿Nos vamos? ¿Dije nos vamos? ¡Ja!, fue nomás la costumbre. Yo con ese equipo ya no tengo nada que ver. Yo soy Juan Eulalio, chofer de taxi del sitio Viaducto, y no influye en mi vida cómo le vaya a un pinche equipo de futbol. Eso es lo que siempre les repito a los cabrones de la base pa que dejen de chingar.

Por eso ahorita nomás te bajas por los tacos, me pides pa llevar tres de lengua; dos de bisteck para tu mamá; tú te pides los que tú quieras, y vamos a llegar a ver una película y tan tan. Si tú quieres ver el segundo tiempo te vas con el vecino, pero en mi casa no se vuelve a ver un partido del Tibu.

Y ya sé que traes un chingo de hambre, hijo. Perdón, me fui de largo. Nomás hazme otro favor, pregúntale al taquero si de puritita casualidad sabe cómo van los Pumas.

## Hormigas (minificción)

Te despiertas cubierta de hormigas. La caída fue dura. Te das cuenta que es verano. El sol te está noqueando. Sabes que no te queda mucho tiempo de vida. En unos cuantos minutos dejarás de existir. Los pequeños glup glup de las hormigas te tranquilizan; cumpliste con el objetivo de tu vida. Fuiste una gran paleta de hielo.

## La libraremos, *Flaco* (cuento)

La puerta de la sala de espera se abrió. La pesada monotonía de lo que parecía un velorio anticipado se rompió cuando el doctor habló.

—Logramos estabilizar al *Chino* pero su condición es grave. Tendremos que operarlo de urgencia.

En los rostros de tu madre y de tu esposa se dibujaron unas extrañas sonrisas de alivio. Yo, un poco más desconfiado, como siempre, le pregunté al doctor en qué consistía la operación. No recuerdo los términos médicos que usó, pero lo puedo resumir en que el daño que habías sufrido en el accidente era mayúsculo, que las probabilidades de que tu cuerpo no resistiera la operación eran de cincuenta por ciento, y dentro de esa mitad había una alta probabilidad de chances de que, al salir, no pudieras caminar jamás.

—Tienen unos minutos para hablar con él antes de que le induzcamos el coma  
—dijo el doctor.

Las dos mujeres pasaron primero. En medio de un nudo de cables y tubos, lograron encontrar la manera de darte un abrazo que se estiró en el tiempo con la nostalgia de que podría ser el último. A mí solamente me alcanzó para verte de lejos. Con las pocas fuerzas que te quedaban me lanzaste tres palabras:

—La libraremos, *Flaco*.

Mi mente se despejó y en cuestión de segundos solo existió en ella un recuerdo. Y es que esa frasecita tan simple ya la había escuchado. Ya me la habías dicho antes, con esa extraña mezcla entre esperanza y pesadumbre. Fue en la última jornada del Estatal de Fútbol Interprepas del 96.

Nuestro equipo, el del Instituto San Ignacio, había sido campeón las siete ediciones anteriores. Cualquier resultado que no fuera obtener el primer lugar era un fracaso. Éramos la única escuela que otorgaba becas de fútbol a los mejores jugadores del estado. Posición por posición, teníamos el mejor equipo. Esto explica un poco por qué nunca fuiste titular, *Chino*. Siendo sinceros, tu habilidad para el fútbol distaba mucho de ser de las mejores, pero gracias a tu carisma y tu don para hacer equipo y motivarnos desde la banca, el profe siempre te convocaba a los partidos y en los pocos minutos que jugabas, casi siempre con asistencias mías, lograbas anotar uno que otro gol. El mejor ejemplo es el gol en tu partido debut: tomé el balón en medio campo, me quité a dos jugadores de ellos con un solo regate, después a uno más con túnel incluido, le pegué de tres dedos, el balón se estrelló en el poste y, cuando ya me estaba lamentando, el balón fue a dar a tu cara y después al fondo de la portería. El festejo entre tú y yo fue una mezcla de risas, emoción y caricias a tu cara para que dejara de doler tanto por el golpazo reciente. Ése fue el comienzo de nuestra historia de amistad. El *Chino* y el *Flaco*; una buena dupla en la cancha, pero mucho mejor dupla fuera de ella.

Bueno, volvamos a esa inolvidable noche. Bah, ni tan inolvidable. ¿Ya ves que tuviste que pasar por esta casi-tragedia para que se desempolvara el almacén de mis recuerdos? Pero sabrás disculparme, *Chino*, han

pasado tantos años que los amores, examores, hijos, documentos del trabajo, penas y glorias se superponen en el espectro de la memoria.

Toda esa expectativa de ser campeones se había diluido a lo largo del torneo. Las lesiones, las decisiones arbitrales y la suerte se pusieron en nuestra contra durante esa temporada y terminamos peleando el descenso. Si perdíamos, nuestra prepa dejaría el estatal y tendría que volver a la liga municipal el año siguiente. ¿Te imaginas la carrilla que hubiera sido en la escuela cuando volviéramos a clases como los descendidos, después de tantos años de campeonatos?

Todo se reducía a la última jornada. El rival era el Colegio Franciscano, nuestros vecinos y más odiados contrincantes. El partido que nadie se quería perder. Las matemáticas hicieron que este año el encuentro fuera aún más interesante; ellos ganando eran campeones, nosotros empatando nos salvábamos del descenso. El campo de la prepa estaba lleno a reventar. Era un domingo al mediodía. El pesado calor nos obligó a hacer varios cambios. Era de suponer que tendrías algunos minutos pero nadie imaginó que tantos. Poco después de iniciar el segundo tiempo no soporté un calambre en el muslo y pedí el cambio. El profe decidió que tú eras el elegido para suplirme. El marcador era 2-0 a favor del Franciscano y con mi salida –sabrás disculpar el autoelogio– nos estábamos quedando sin nuestra mayor esperanza de gol. La porra del San Ignacio estaba totalmente en silencio; se esperaba lo peor. Hasta la cara del profe irradiaba desesperanza.

Cuando estabas a punto de entrar al campo, me acerqué a ti a darte una única obligación:

—El central de ellos está amonestado, si logras que lo expulsen la remontada será más fácil. Es lo único

que te pido, *Chino*—ahí fue cuando, empapado en sudor sin haber jugado aún un solo minuto, soltaste las tres palabras que hoy repetiste:

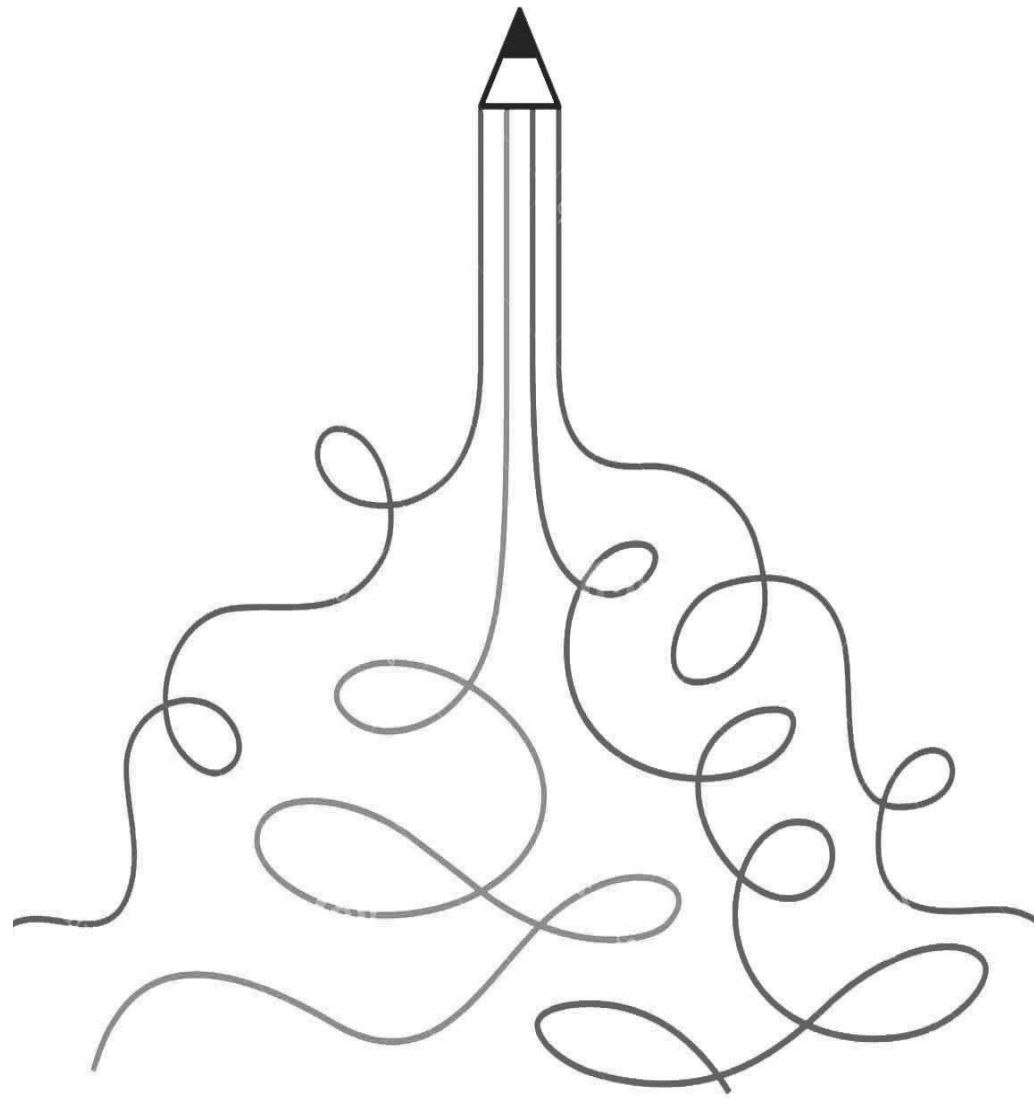
—La libraremos, *Flaco*.

Lo que vino después fue una jodida maravilla, *Chino*. Primero, lograste que le sacaran la segunda amarilla al central cuando fingiste una falta en el área y el árbitro marcó penal. Después metiste el penal y mandaste a callar al portero de ellos, que llevaba todo el partido hablando mierda hasta por los codos, lo que derivó en un conato de bronca en donde el resultado fue expulsión para él y amarilla para ti. Habías cumplido con creces tu obligación. Lo que quedó del partido jugamos con dos más y contra un portero que no era portero, por lo que los goles cayeron como cascada. Siete a dos fue el resultado final. Nos salvamos del descenso y ellos se quedaron sin su campeonato. Todo gracias a que fuiste en busca de una segunda amarilla. Una alegría total, un milagro futbolero.

El doctor apareció de nuevo en la sala de espera y me encontró solo a mí. Le pedí que no dijera los resultados de la operación hasta que estuvieran tu mamá y tu esposa. Fui por ellas a la capilla, donde habían pasado toda la noche en vela. El doctor dio los resultados de la operación. Las dos saltaron sorprendidas y levantaron sus brazos al aire como boxeadores victoriosos. No pararon de llorar por varios minutos. Te tengo que confesar que yo también lloré, *Chino*. Pero a diferencia de ellas, en mi cara no había una pizca de sorpresa. Y es que ellas no estuvieron ese domingo soleado en el partido contra el Franciscano. Ésta era la primera vez que ellas te veían lograr un milagro.



IVETTE GUTIÉRREZ



## Ciudad invisible (minificción)

La Moiré es una ciudad pequeña escondida entre montañas y nubes. Desde ahí no se puede ver el cielo, solo una espesa y cálida neblina que pareciera jamás disiparse, pero lo suficientemente delgada para permitir pasar algo de luz. La ciudad está rodeada por ríos de agua cálida y su clima es húmedo y caluroso, similar a un sauna. Todas las construcciones en la ciudad son de piedra suave al tacto, piedras que reposan en el río por años, antes de ser utilizadas en la construcción. Su gente suele pasar mucho tiempo en lo alto de las montañas, pastando animales o haciendo cualquier actividad que justifique tomar un poco de sol. Desde lo alto, y por el reflejo del cielo, la neblina parece un lago. La Moiré es el pueblo que está y no está.

## (cuento sin título)

Si Norberto hubiera tenido la opción de decidir nunca hubiera salido de casa. La pandemia había empeorado su fallido intento por ser cauteloso, lo había hecho leer todas las noticias publicadas por los medios. Su paranoia lo hacía creer que cuando su vecino estornudaba era porque quería matarlo, como si por estar enfermo sintiera envidia de la salud de Norberto e intentara contagiarlo; no era algo difícil, solo se necesitaba un poco de viento y que el vecino estornudara en el momento correcto para que el virus se metiera a su casa por la ventana, razón por la cual Norberto había tapado todas las ventanas con cinta adhesiva y puesto toallas enjabonadas en la ranura de las puertas. Así se sentía seguro, pero no lo bastante. Había comprado alimentos suficientes para dejar inutilizable su sala por el exceso de cajas y latas, pero se olvidó de comprar lo más esencial: litros de desinfectante. Fue fácil pedir que se los enviaran a domicilio, lo difícil era llevarlos hasta su casa, pues, viviendo en lo alto de un callejón estrecho, nadie se animaba a subir su pesado pedido. Así que cubierto con un traje plástico, dos cubrebocas y una careta de soldar con un plástico en el lugar del vidrio bajó con cuidado las escaleras para ir por el pedido. Mientras pagaba al repartidor alcanzó a ver a lo lejos lo

que para él eran un montón de imprudentes desgraciados, con sus mascarillas mal puestas y sucias manos, platicando tranquilamente; ni siquiera les importaba llevar algo puesto para protegerse. Prestó especial atención a los dientes podridos de un hombre que no tenía mascarilla puesta y que reía estrepitosamente sobre la vitrina de una rosticería, mientras platicaba con el dueño del puesto. Norberto miró con asco la vitrina e imaginó las gotitas de saliva sobre los pollos que estaban vendiendo. A lo lejos vio mucha gente paseando, hablando y algunos hasta estornudando; asqueado se regresó a su casa cargando las garrafas que había comprado. La subida hasta su casa se volvió tormentosa: no dejaba de preguntarse cuánta gente había escupido en ese callejón, cuántas de esas puertas habían sido tocadas con manos infectadas.

—¡Gente asquerosa! —gritó furioso— ¡Cerdos, asesinos, desgraciados envidiosos! —y siguió caminando hasta llegar a la puerta de su casa, donde colocó las garrafas en el suelo para poder abrir la puerta, pero justo un instante antes de entrar a su casa escuchó un fuerte estornudo a sus espaldas:

—Perdóneme, don Norberto —dijo su vecino—, son estas cochinas alergias, permítame ayudarle con sus garrafas.

Norberto no podía soportar el horror que sentía en ese momento: su vecino había logrado contagiarlo, ahora estaba condenado y en su mente podía ver cómo, por culpa de ese estornudo, él se iba a morir lenta y dolorosamente. Norberto se paralizó y no dijo nada, solo contempló cómo su vecino metía las garrafas, una a una, hasta el interior de su casa, como si eso sirviera de algo. No hay manera de saber todo lo que Norberto

estaba pensando; solo esperó a que su vecino entrara con la última garrafa para meterse inmediatamente detrás de él y cerrar la puerta con llave, desde adentro.

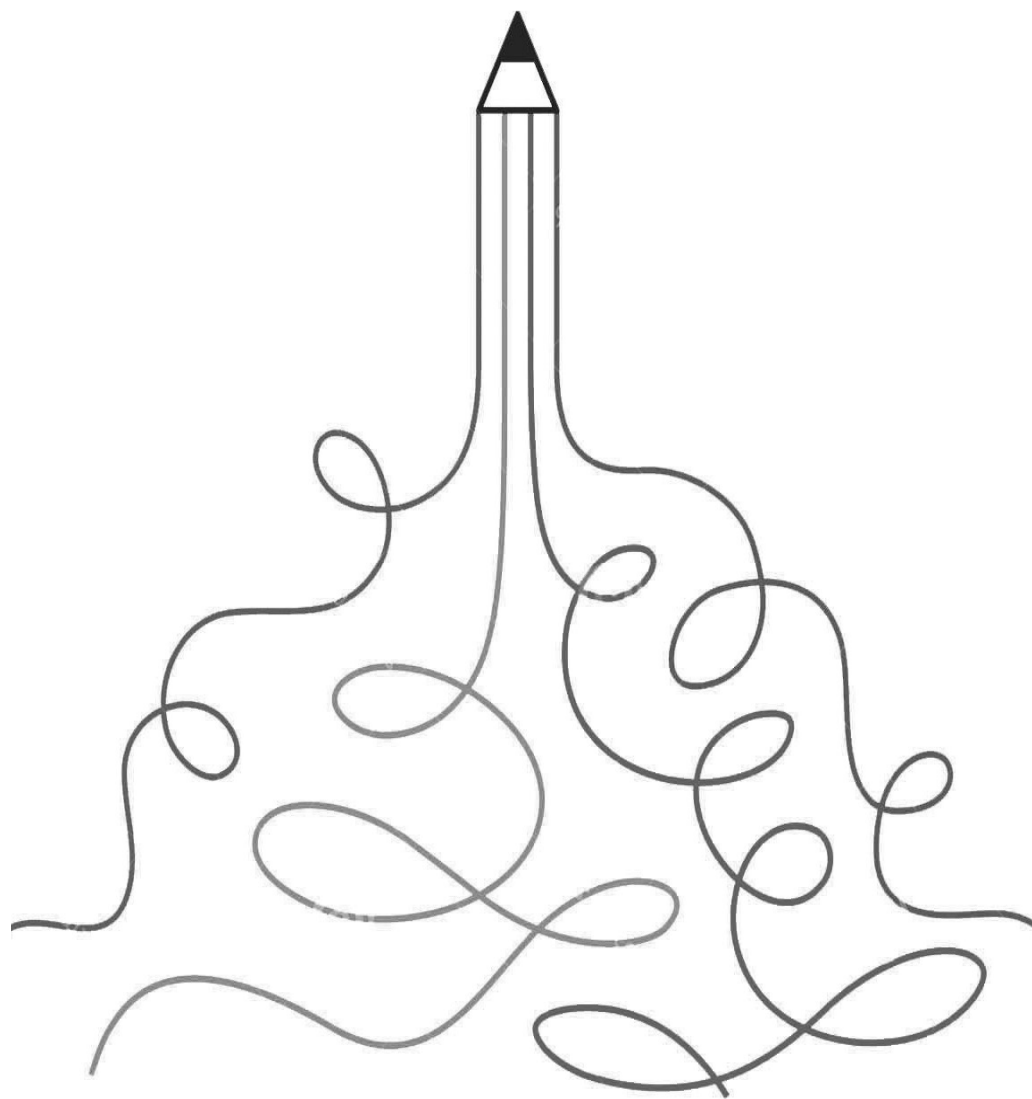
## Monólogo (autoficción)

Desperté con el zapato izquierdo.

Por primera vez después de mucho tiempo he conseguido levantarme temprano, estoy decidida a aprovechar al máximo este día. Doy el primer paso al bajarme de la cama y siento un dolor punzante en la planta del pie: he pisado un cochino zapato. Furiosa, lo agarro y golpeo contra el suelo, como si él hubiera decidido arbitrariamente atravesarse en mi camino para herirme. Al sostenerlo, noto que está muy gastado y descuidado; ahora me siento culpable por su deplorable estado. Vivo tanto en mi rutina que nunca me detengo a revisar los zapatos en los que camino. Les doy menos importancia que a mi vestuario o peinado, de algún modo los considero poco importantes por estar siempre en el sucio suelo, en lugar de estar agradecida por lo mucho que han durado y por las largas caminatas que soportan. Un momento, qué tontería estoy diciendo, ¿de verdad estoy sintiendo tanta angustia por un zapato? Es mi falta de orden la que debería molestarme; definitivamente voy a ponerme a limpiar mi alcoba. Voy a poner un poco de orden en mi vida, comenzando por hoy. No sé en qué momento me volví tan descuidada. Este encierro involuntario ha hecho que muchas cosas repentinamente dejen de ser importantes. Antes de lo esperado he terminado de arreglar todo. Ahora, viendo

todo en orden, hay algo que no entiendo, ¿dónde ha quedado el zapato que he golpeado? Reviso el estante y solo veo su par. No parece estar debajo de la cama, no lo veo en ningún lugar. Honestamente, ese par no me gustaba tanto como mis otros zapatos. Comencé a utilizarlo mucho para que se desgastara pronto y terminé dándome cuenta de lo cómodos que son, feos, horrorosos, pero tratan muy bien a mis pies. No son como esos ingratos tacones. Los adoro, se ven preciosos, pero hacen sufrir a cada paso. Caminar con esos desgraciados es algo tan horrible como pasear con mi ex, menos mal que solo los uso para ir a fiestas. Creo que tengo un largo rato buscando en el cuarto y no lo encuentro, ya hasta desordené un poco otra vez. ¿Dónde lo dejé? ¡La basura! No sería capaz de... ¿o sí? No voy a meter la mano en la bolsa, será mejor que la vacíe y busque ayudándome con la escoba. No puedo creerlo, ¡eché el zapato a la bolsa de basura! ¡Cómo pude ser tan descuidada! Será mejor que le dé una buena lavada al par y listo. Creo que ya se me hizo tarde. Desperdicié todo el día y mi alcoba es nuevamente un desorden. Será mejor que descansen por hoy, mañana limpiaré este desastre.

IGNACIO GARCÍA



(minificción sin título)

Ella viste toda en azul eléctrico. Ella está descalza, en la cornisa... ¿Lo hará?



## Salsipuedes (autoficción)

Por Nagato

Las historias de fantasmas y apariciones son ya parte de nuestra idiosincrasia. Las vemos en películas, en la televisión y, claro, en los libros. *Salsipuedes* es el título de esta historia que involucra a los estereotipados personajes que habitan en un condominio o multifamiliar de una colonia popular. La trama comienza con un suicidio: la vecina del siete se arrojó de la azotea por causas (aparentemente) sobrenaturales, impactándose así sobre un carrito de hot dogs. La policía interviene y acordona el lugar.

A partir de ahí, dentro del condominio, los inquilinos experimentarán una montaña rusa de emociones, secretos y descubrimientos macabros. El susto no para ahí, pues reside en esa multiculturalidad de individuos de todos los sabores y colores que tendrán que trabajar en equipo para sobrevivir. Está el comandante corrupto con el teniente inútil que, en plena facultad de la fuerza de la ley, tratarán de poner orden. Está la hermana mayor que vive con su púber hermano, solos; la viejita sastre y su enorme perro; la mujer que trabaja en el Oxxo; el sujeto extraño que viste todo de negro y que carece de luz eléctrica en su cuarto; la pareja de recién casados que acaba de mudarse y otros extraños

inquilinos (incluyendo fantasmas) que construyen esta historia policiaca-sobrenatural.

Las advertencias de Nagato llegan desde la primera página. Uno de los inquilinos dice así: “Uno no se espera estas cosas mientras estás cómodamente sentado, comiéndote unos Doritos con salsa Maga, mirando La ley y el orden. ¿Se suicidó la vecina? Carajo, presiento que esto se va a descontrolar”. Te invitamos pues a zambullirte en este tinaco de emociones, aventuras y crímenes paranormales, que hacen de *Salsipuedes* una interesante alternativa para perder tu preciado tiempo.

## Historias del Sengoku Jidai (cuento)

He perdido la batalla. Mi espada no será blandida jamás, al menos no por las manos que quedan atrás junto con el resto de mi cuerpo. Escucho el gemido victorioso de mi rival, en tanto mi cabeza rueda colina abajo. Mientras eso pasa, sostengo pensamientos de incertidumbre y desconcierto. Mi espíritu combativo se apaga, mis sentidos se desvanecen, pero mi honor de samurái está intacto en estos últimos momentos.

Mi cabeza deja de girar y se detiene, mis oídos zumban como abejas furiosas. Veo el azul profundo del cielo. Me queda la suficiente conciencia para recordar el momento antes de salir a combate. Era el mismo paisaje. “Vayas a donde vayas, el cielo sigue siendo cielo y las personas, personas”, o algo así le dije a mi subalterno cuando afilábamos nuestras espadas. Mientras se me escapan las fuerzas, se acrecienta el zumbido en mis oídos. Es el fin. Lo puedo sentir. El sueño eterno me cobija. Duermo.

Despierto de golpe. ¡Por Buda! Tan sólo fue un mal sueño. Mi subalterno me invita a prepararnos para combatir. Estamos afilando nuestras espadas afuera. Hay un hermoso cielo azul, como en el sueño. “Vayas a donde vayas, el cielo sigue siendo cielo y las personas siguen siendo personas.”

## El *Mochilas* (cuento)

¡Plac! ¡Plac! ¡Plac! ¡Plac! Tengo sed. ¡Plac! ¡Plac! ¡Plac! ¡Jijo de la! Esto está muy solo y en parte está bien, estoy aburrido de la gente que siempre me mira raro. ¡Plac! ¡Plac! ¡Plac!

Soy como una celebridad aquí. ¡Plac! ¡Plac! Juego a hacerme el loco, a pararme ajuerita del Coppel Reforma. ¡Plac! ¡Plac! Con mis mochilas y mi radio amarilla y mis ¡Plac! ¡Plac! ¡Plac! lentes remendados. ¡Ah jijos! Tengo sed y esto está muy solo por el cololavirus. ¡Plac! ¡Plac! ¡Plac! A mí no me da eso, pero la mugre sí, la mugre sí, es buena pa disimular, pa hacerte el loco y mirar a las muchachas. ¡Plac! ¡Plac! ¡Plac! ¿Qué suena en mi mochila? ¡Plac! ¡Plac! ¡Plac! ¡Ah jijos! ¡Plac! ¡Plac! ¡Plac! Ya no sé qué cargo en estas mochilas, creo que envases de plástico ¡Plac! ¡Plac! O los pedazos de unicel que saqué de esa caja de tele de plasma ¡Plac! ¡Plac! ¡Plac! O los restos del pollo feliz que me dio doña Turi, aunque no creo, los huesos del Pollo Feliz no hacen ¡Plac! ¡Plac! Pero los botes de ¡Ah jiiiiiiiioooooooooos! La ruta quince casi me atropella, le corrí recio pero casi me atropella y tengo ahora más sed y estoy hartito, estoy cansado de hacerle al loco pero soy una celebridad aquí y tengo sed y doña Turi siempre me da pollito y veo a las muchachas y siento un vacío en mi corazón desde aquel día que empecé a guardar mochilas y después a meter

mil mugres ahí dentro. ¡Ah jijos! Tengo mucha sed y, espera un momento, ya no oigo el ¡Plac! ¡Plac! Ay no, se me cayó la mochila con la corrida (snif-snif) no hay más ¡Plac! ¡Plac! (sorb). Me falta una mochila y me sobra harta mugre (snif-snif) será mejor sentarme ajuerita del Coppel Reforma, allí pasan muchas muchachas, tengo sed y soy una celebridad aquí.

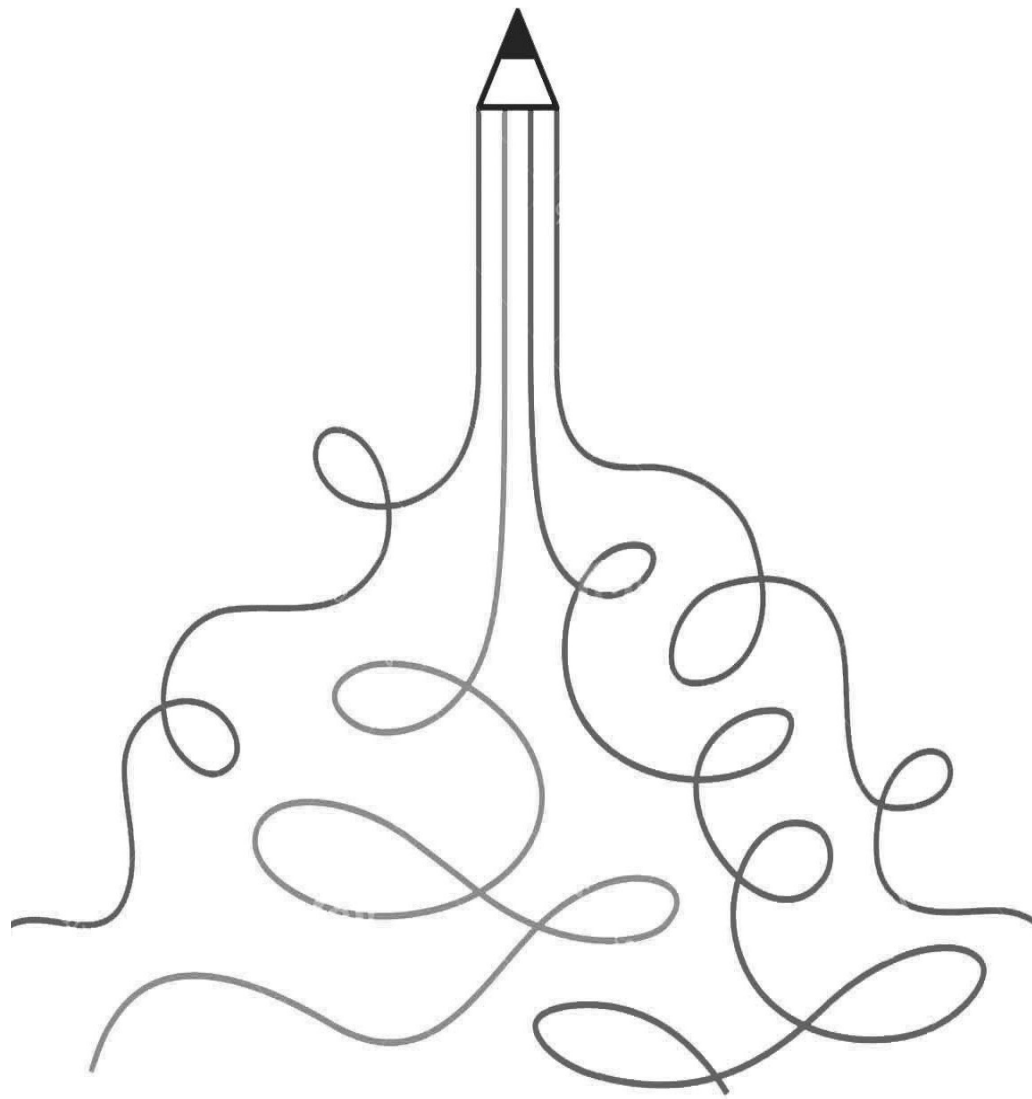
## Ciudad de Cristal (minificción)

Bajo el manifiesto escrito en vidrio templado: “Mírame pero no me toques”, está la gran metrópoli Ciudad Cristal. Los enormes inmuebles de estalactitas vidriosas convergen en el centro. Oficinas, galerías de arte y tiendas hay por doquier, igual que en cualquier gran ciudad que se precie de serlo. La recubre un enorme domo de vidrio de doble acristalamiento. En el sur de la ciudad están los multifamiliares. Construcciones hechas de vidrios monolíticos en donde habitan los cristalinos, gentilicio dado a las personas que nacen bajo el gran domo. La gente es curiosa allí, sólo susurran en castellano cristalín, no bromean, no hacen fiesta, pues el volumen alto está prohibido al igual que los perros y los juegos con pelota. Todo pareciera estar sostenido con hilos. Los sembradíos son enormes campos de rosas de vidrio sopladas al calor, siendo esta decoración el principal producto de exportación y el que genera mayor PIB. Ciudad Cristal es frágil, la gente no está acostumbrada a las críticas o peleas, su fragilidad los ha hecho subsistir en este mundo en donde uno se rompe ya por cualquier cosa.

## Profecía de semana santa (minificción)

ESTRELLA TORRES HERNÁNDEZ

En la Biblioteca Federico Medrano de Purísima del Rincón existe un libro de *¿Y dónde está Wally?* que se aparece en los estantes sólo en Viernes Santo. Si lo abres y encuentras a Wally él sale del libro y tú entras a éste a ocupar su lugar. Mientras tanto, Wally se pierde entre la gente que asiste a la judea y el juego empieza otra vez.



## Bailando sola (poema)

Ella baila sola, y lo hace muy bien, baila y baila, con luz, con oscuridad, con los ojos cerrados, en ocasiones se olvida de respirar.

Ella baila sola, y la música acabó, baila y baila, el sonido de sus pensamientos sigue dando ritmo a sus pasos, ideas revueltas, ritmos diversos.

Ella baila sola, comienza a cansarse, baila y baila, saca fuerzas de donde no hay más, marcando fuertemente los pasos antes de quebrarse.

Ella baila sola, llorando a mares, baila y baila, los pasos comienzan a ser retorcidos, extraños, recordando sus pesares.

Ella ya no baila, ni sola, ni acompañada. El desahogo fue exitoso. Cayó al piso agotada.

## Eva (minificción)

Y Eva decidió hacer la manzana puré, para que Adán pudiera digerir la verdad..

## Batman y Robin (ensayo)

Mis primeros recuerdos sobre Batman y Robin me llevan a una niñez algo borrosa y de colores amarillentos. Era una niña de aproximadamente cuatro años cuando veía la serie de los años sesenta, interpretada por Adam West, en casa de mi abuelita paterna, al lado de mis tíos más jóvenes. La televisión estaba arriba de un ropero lleno de todo tipo de cosas, con la antena de conejo bien estirada para poder tomar mejor la señal.

Me sentaba en un pequeño banco de madera. No podía ver los capítulos completos porque mi imaginación de niña pequeña exigía nuevas aventuras aparte de solo ver la televisión con el cuello estirado y adolorido, pero recuerdo perfectamente que esperaba con ansias el momento en que salieran las onomatopeyas del BAM!, OOOOF!, CRAAACK! que había en cada pelea. Me encantaba cómo sobresalían en la pantalla con colores vibrantes. ¡Y las frases de Robin! Ese chico sí que era creyente. Santa desfachatez, Batman; santo puré de papas, Batman; santa polaridad invertida, Batman. Todo era santo para él.

Conforme pasaron los años la idea del nuevo Batman que sacaron a la venta me gustó más. Era mucho más oscuro, más atlético, y poco a poco su traje fue cambiando de un simple conjunto de mallas, calzoncillos de fuera y capa brillante, a uno mucho más llamativo,



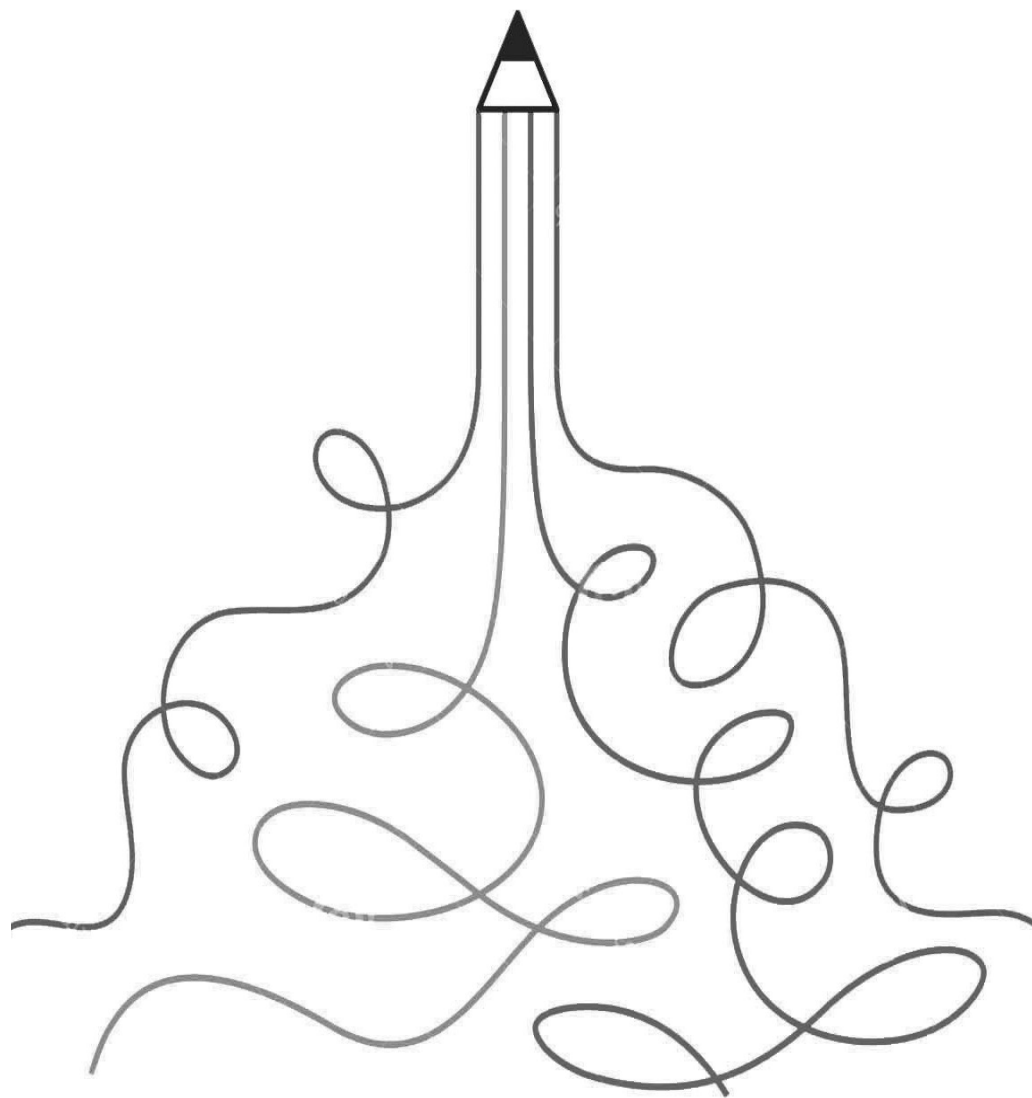
lleno de músculos incluidos; algunos trajes incluso incluían pezones (en mi opinión totalmente innecesarios, hasta se miraban feo), detalles en color dorado, plateado. No siempre eran cómodos para los actores que lo interpretaban: Michael Keaton no podía mover el cuello por lo rígido de la máscara, aunque sus pies estaban cómodos, ya que sus botas eran Nike, o la súper armadura que usó Ben Affleck para la pelea contra nada más y nada menos que Superman.

Es increíble cómo uno de los pocos superhéroes sin poderes metahumanos es capaz de hacerle frente al ser más poderoso del universo de los cómics. Pero eso me encanta, ya que significa que un humano es capaz de ser un superhéroe. Batman tiene sus habilidades como detective, experto en artes marciales, técnicas de intimidación, acrobacia, brillante estrategia, eso sí, es sumamente inteligente. Y lo que le permite explotar al máximo todo eso: dinero, mucho dinero. Todo el necesario para darle los increíbles dispositivos, armas y transportes que necesita para atacar al mal, y claro, darles el distintivo diseño de murciélago.

Pero, ¿qué es un hombre sin un amigo que lo apoye y cuide las espaldas? Robin juega, en mi opinión, un papel sumamente importante para el personaje. Le devuelve ese lado humano que el amargado y solitario Bruce poco a poco intenta perder. Pero él necesita esa compañía, y lo sabe; a pesar de siempre negarse a tomar otro Robin después de perder el anterior (sea la causa que fuera la que ocasionó la pérdida) termina con uno nuevo. Hasta la fecha ya van seis Robin en la lista, entre ellos su propio hijo Damián Wayne y dos chicas que hicieron de Robin también: Stephanie Brown y Carrie Kelly, aunque son muy poco conocidas.

Batman sin duda es uno de los superhéroes favoritos de todos los tiempos, desde que Bob Kane y Bill Finger le dieron vida en 1939. En lo personal, nunca me pierdo sus películas (aunque no todas son buenas), y estoy a la espera de nuevo material para seguir alimentando mis recuerdos de mi superhéroe favorito, el mejor de todos claro. Mucho mejor y más genial que Superman.

DIEGO GUZMÁN



## Polvo azul (autoficción)

Desperté en la CdMx, estaba con mi mejor amigo, caminamos por una calle desconocida con maletas y un par de mochilas. Entramos a un hotel, extrañamente reconocimos aquel lugar en el que nunca habíamos estado. De pronto aparecimos en la habitación, no recuerdo qué pasó exactamente antes, pero ya nos encontrábamos desempacando, echamos las maletas a la cama vestida de azul ultramar; se nos ocurrió, una vez que terminamos, ir al Oxxo a comprar unas cervezas para comenzar nuestro festejo, ¿de qué? No tengo ni la más remota idea; compramos la cerveza, yo un doce y él otro. Salimos a la calle y una señora se nos quedó mirando, riéndose, era chistoso (supongo) vernos tan felices por aquella compra. Decidimos tomarnos una *selfie* para compartir el momento con los amigos del Whatsapp. Cuando llegamos al hotel y subimos a nuestra habitación ya no estábamos solos, había por lo menos cinco personas que ni yo ni mi amigo conocíamos y ambos dijimos “qué pedo” en voz alta, una vez que entramos en la habitación carmesí.

En fin, hicimos fiesta en el cuarto, una especie de precopa; al parecer eran nuestras vacaciones y teníamos la intención de salir al antro en la noche. Uno de los desconocidos se prendió el porro y le dimos un buen jalón, todo bien hasta ahí, cerveza y marihuana no re-

sultaba tan drástico para nosotros, un mareo intenso se apropió de nuestras cabezas, pero disfrutábamos de la fiesta. Luego, el mismo tipo que sacó la hierba esparció sobre una mesita un polvo azul y comenzó a ejercer cierta presión con las manos a los pequeños fragmentos de aquella laguna azul de blancos brillos, regada sobre la mesita marrón de la habitación carmesí donde hacíamos una fiesta con extraños. Aquello salió hecho una piedrita de entre sus palmas sudorosas. No sabía qué rayos era, pero esas personas desconocidas la habían consumido, con excepción de mi amigo y yo. Vimos cómo todas esas sombras extrañas reían y bailaban con lento ritmo, despreocupados de todo lo que sucedía en el momento, moviéndose de un lado a otro; casi como si flotaran.

Me salí al pequeño balcón para contemplar la ciudad, era una buena vista en una noche cálida y, como es de esperarse en una ciudad tan contaminada, una neblina volvía todo un poco borroso y lejano. Se escuchaba la música de los bares y antros y el claxon de los coches que pasaban junto al hotel. De repente comenzó a temblar, sentí cómo se movía el piso del balcón y el hotel entero se me venía encima. La neblina desapareció y las luces se apagaron. Creo yo que estaba demasiado mareado para entonces, así que regresé al interior del cuarto. Mi amigo se había drogado con aquel extraño polvo azul. ¿Por qué lo habrá hecho?, me pregunté, si a él nunca le antojan las sustancias químicas, y menos una que ni él ni yo conocíamos.

Tumbado en la cama sin poder moverse, aunque decía estar bien y que aún debíamos salir al desmadre, mi amigo comenzó a mover sus manos en el aire; iban de abajo hacia arriba, como si intentara escalar una montaña. De repente sentí que alguien tocó mi

oreja e introdujo algo en ella: era el polvo azul hecho piedra, fue el tipo extraño de la marihuana quien se encargó de llevarme hacia un estado inconsciente que yo desconocía. Pregunté si era cocaína y me contestó que no. Comencé a sentirme muy borracho y quise retirar con mano temblorosa la piedra del orificio; el suelo era de lo más suave en ese momento y comenzó a temblar de nuevo. Al ver que todo se movía y los colores y las sombras se intensificaban, pregunté como pude si era LSD y la respuesta fue la misma: "No", dijo el desconocido. El ambiente se volvió perverso, la habitación se pintó de un rojo intenso, las sombras volaban sobre mí, sonrientes; múltiples voces hicieron eco en la habitación o en mi cabeza. No tuve de otra que tumbarme en la cama junto a mi amigo.

De pronto, mi cuerpo se elevó y crucé el techo del hotel, volé sobre la CdMx y vi una ciudad de colores y formas geométricas que emitían sonidos y olores extravagantes. Traía los sentidos bien encendidos, pude por un momento saborear desde las nubes el tamal oaxaqueño y disfrutar de un mariachi callejero al mismo tiempo, mientras contemplaba un luminoso paisaje. El vuelo duró solo un instante, luego de esto salimos del hotel mi amigo y yo.

Toda la noche anduvimos caminando y entrando a los lugares que llamaban nuestra atención. Recuerdo en la calle a esas mujeres altas con casi nada de ropa encima, todas haciendo fila para entrar a embriagarse y sudar sus cuerpos mutados; creo que no eran del todo mujeres, tampoco eran hombres, solo seres andróginos en manadas nocturnas de exóticos hábitats de cuero y pelucas largas.

Qué extraño fue recorrer la CdMx de noche, sin haber cruzado la puerta del cuarto. Perdí la noción del

tiempo y el espacio; desperté en la cama del hotel de la que nunca me moví, pero mi amigo ya no estaba, tampoco los demás. Yo seguía recostado con un dolor de cabeza tremendo. Bajé al vestíbulo a buscar a mi amigo y me dijeron que se encontraba en el sótano, fui, y para mi sorpresa llegué a mi casa de Guanajuato y él estaba ahí, como si nada hubiese pasado, yo no entendí qué sucedía y con mi dolor de cabeza no se me ocurrió más que subir las escaleras del hotel, entrar a la habitación, recostarme en la cama junto a la mesita marrón y cerrar los ojos.

## Vidas silenciadas (ensayo)

Trance atemporal en los espacios que habitamos con música; hablo de las jaulas de trabajo en donde nos encierran las necesidades y los gustos. Esos lugares se vuelven menos densos con la música que por lo menos entretiene, y uno se olvida de ver sus manos callosas, en silencio, sin emitir sonido alguno; es mejor oír la música que prestar atención a nuestras vidas. Así nos desvía el pensamiento y podemos seguir trabajando como animales de granja: aceptamos el trabajo duro como parte de nuestra naturaleza, para conseguir nuestro alimento y el de otros, sobre todo el de otros.

Desde que se inventó la industria el cuerpo está encerrado la mayor parte del tiempo y una manera de sobrellevar tan cruel castigo es escuchar música, poner aquellas canciones que más nos gustan para mejorar el ambiente de nuestro reducido rincón color blanco o de cualquier color; sirviendo a las transnacionales, cambiando tiempo por dinero (imaginando siempre una mejor vida), almacenando cajas para ganarse lo que se tiene, así se estropean las habilidades y se convierten en mano de obra. No hay mundo, sino paredes, y la música ayuda a distraer la mente del pesado quehacer diario.

Nuestro organismo está preparado para vivir el mundo allá afuera, me refiero al que intentamos construir con nuestro trabajo bajo el pretexto egoísta de velar

sólo por uno mismo y por sus seres amados. Todos nosotros tenemos que trabajar, pero primero vamos a la escuela, ahí es donde nos enseñan a conseguir trabajo.

Somos música incomprensible para la vida salvajemente pura y viva, más viva que cualquier nota en bemoles que aparezca en los himnos de protesta contra los enemigos, himnos que los países suelen cantar cuando invaden o cuando son invadidos; son esos himnos el símbolo rítmico por excelencia, que seduce de las masas su identidad, y nos volvemos todos unos nacionalistas o esclavos, que al cabo viene siendo la misma cosa.

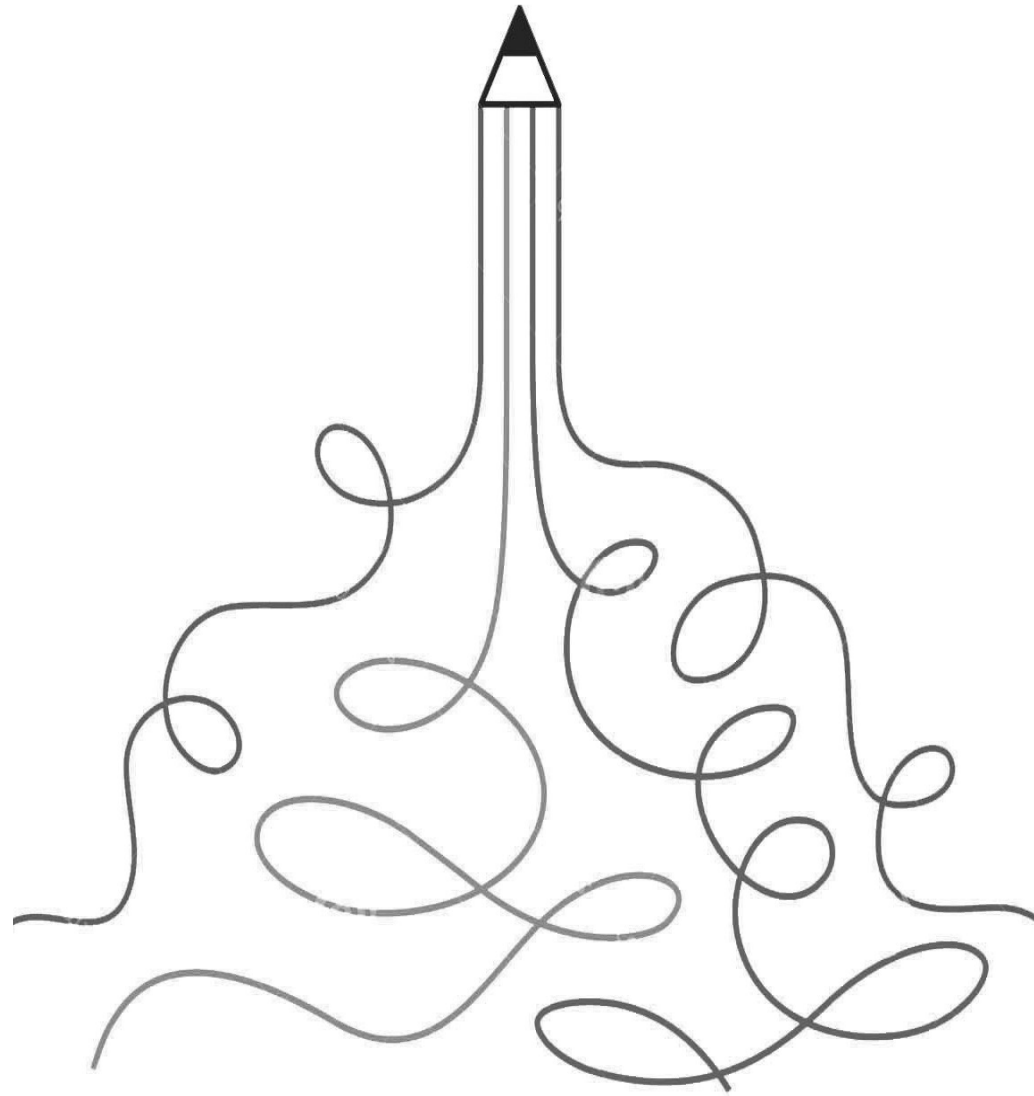
El silencio, esencia sublime de la escena de un después golpeado por escombros y vidas silenciadas, se escucha al por mayor cuando ha llegado el fin o cuando está a punto de llegar. Reconocemos en el silencio, en el ritmo, tono y volumen, que se trata de una canción mortal la de la vida misma, que se canta con sangre en el rostro y un tormentoso camino lleno de dificultades que se recorre cantando y a veces en silencio; poco a poco el futuro se conquista con el tiempo que invierten nuestros cuerpos en el trabajo duro que es nuestra naturaleza y siempre deseamos prepararnos más y más, sólo para obtener el mejor puesto de todos. Somos todos música y mientras estamos vivos cada quien canta una canción diferente: con su vida, con su tiempo, con su esfuerzo, con su voz y, al final, nos quedamos sin mover los labios, calladitos, calladitos.

## Ciudad de humo (minificción)

Me encuentro perdido en la ciudad sin forma, sin muros ni caminos; los edificios son tan frágiles como las nubes y, poco perceptibles, se desvanecen las fachadas cada que alguien las ve. Recuerdo haber soñado con este lugar un par de veces cuando era niño, pero no pensé que fuera real. Hasta que me perdí en esta ciudad abstracta como humo de cigarrillo, de este que me estoy fumando justo ahora. También así huele, a humo de cigarro, a soledad. Desaparece, está viva, se mueve, y nunca deja de hacerlo; no hay caminos, no hay tiempo, estoy muerto y debo andar buscando a dónde se fue el destino, en esta ciudad de humo; sin muros, ni caminos.



MARÍA DOLORES BÁRCENAS



## Av. de la Tilapia (cuento)

Qué tristeza, qué pesar, ya no puedo más con esto, ¿por qué soy tan diferente a los demás?, ¿por qué no puedo ser como ellos? Laila ni siquiera se atrevía a mirar a su alrededor, porque todos llevarían una vida afortunada, seguramente.

Hoy será otro gran mal día, quisiera quedarme en mi casa, en mi departamento, pero tengo que ir, a ver qué tan mal me va hoy. Laila no comprende qué le ocurre, pero en esa oficina se siente muerta. Si por ella fuera se dedicaría a escribir poesía y hacer costura, aunque ganase poco, pero en esta vida se paga renta, se come, todo cuesta y algo caro.

Quisiera tener el valor de ya no acudir, de ya no trabajar más en esa oficina, quedarme en casa y escribir; podría vender algo y sacar para comer. ¡Qué puta vida!

Va por la misma avenida de la Tilapia la señora Chelsea, con un poco de mandado, pues no puede con más.

Menos mal que no olvidé ponerme bloqueador. No puede ser que ninguno de mis hijos pueda acompañarme, apenas y camino. ¿Y si me atropellan? ¡Ojalá! Y que carguen con ello. La señora Chelsea camina muy lento, esperando que un carro se atreva a pasar sobre ella.

Pero no les daré un peso a esos bastardos; si ellos no se apiadan de su madre, yo no me apiadaré de ellos. Juro por Dios, y por justicia a su mal trato, que todo lo

que tengo lo he de donar al orfanato. No recibirán ni un peso mío esos bastardos.

Coleta camina a la escuela de la mano de su madre.

¿Qué pasará hoy?, ¿y si el maestro me pide que pase al frente, si alguien me habla, si alguien me pregunta algo, si quieren platicar conmigo, si me pegan? Coleta va deseando decirle a su madre lo que ocurre en la escuela.

El día de ayer tres de sus compañeros, entre ellos una niña, la humillaron: uno le jaló el cabello, otro le pellizco el cachete y la niña le echó un escupitajo en la cara.

La tilapia llora, la tilapia llora. Pobre tilapia, ve el porvenir.

Laila seguirá pasando por la avenida para ir a su trabajo, jamás podrá renunciar, de tanto pesar dejará de escribir, cada vez sus hombros estarán más encogidos y su rostro no dejara de mirar hacia el piso.

La tilapia llora, la tilapia llora. Pobre tilapia, ve el porvenir.

La señora Chelsea corre, la verdad es que no quiere morir, no quiere que la atropelle un coche, corre tanto como puede... la señora Chelsea tropieza, se da un golpe en la cabeza... los hijos se reparten sus bienes.

La tilapia llora, la tilapia llora. Pobre tilapia, ve el porvenir.

Coleta no habla, Coleta está triste, su madre la cuestiona al ver los moretones pero Coleta de eso no hablará jamás.

La tilapia llora, la tilapia llora. Pobre tilapia, ve el porvenir. La tilapia no soporta, se rompe...

La señora Chelsea queda cerca de los trozos que caen de la gran tilapia. Asustada, se queda quieta sin moverse, alguien le ayuda a cruzar la calle... A Coleta

la asustó tanto el estruendo que hizo la Tilapia al caer, que le gritó a su madre: ¡No quiero ir a esa escuela, me maltratan! Laila sintió que por poco la tilapia la aplastaba, sin dudarlo se regresó corriendo a casa, eligió la poesía y la costura.

El llanto de la Tilapia cesó.

## Indecisión (cuento)

Camilo Molina quería complacer a su padre, su padre que una vez le dijo: “la mejor herencia que se le puede dejar a los hijos son los estudios”. Y su padre eligió su carrera, a pesar de que Camilo siempre mostró interés por las letras.

Camilo ahora estudia en una escuela abierta la carrera de letras hispánicas, pero le han dado una plaza laboral en un hospital de gobierno. Ocupa el dinero, pero siempre se ha resistido a trabajar en hospitales, ya en una ocasión renunció a una plaza de otro hospital. Odia la burocracia, no tiene habilidades sociales, al menos eso cree, pero es que es un artista, los artistas no encajan con la mayoría de la gente, se dan sólo a almas afines; otro factor para renunciar a esos lugares: argumenta que la personas son falsas, vanas, que no son sinceras ni apasionadas. Además él quiere ser escritor, no médico.

«No sé qué hacer, no sé qué sea lo correcto, esto no me llena, necesito hacer algo que sea más trascendente, que le sirva a las personas, hoy y hasta después mi muerte, algo que esté a la mano, que permanezca; sé que eso está en mis letras».

«¿Qué hago?, ¿qué escritor trabaja en un hospital?, ¿qué haría un escritor en un hospital? No, no es para mí, debo tener el valor de seguir mi camino. Quiero

complacer a mi padre, él que anhela, que añora, que le encantaría que yo trabaje en el hospital como él. Quisiera darle ese gusto, esa satisfacción, quisiera que tuviera esa dicha que él anhela: su hijo Camilo, él médico. De verdad que deseo tener la fortaleza de complacerlo, quisiera trabajar por siempre ahí, con tal de darle ese gusto a mi padre, aunque ni se imagina cuánto sufrí cada día de la carrera, el que no sabe de amores, *llorona, no sabe lo que es martirio*».

—Hoy tuve un mal día, otra vez tuve aquellos pensamientos.

—Es que no es normal, carajo, en cada trabajo te pasa lo mismo, siempre renuncias por la misma razón, y luego vuelves porque te desespera no tener trabajo, porque desees complacer a tu padre. Piensa en ti, mi cielo, ya no tienes quince años, ya sabes lo que te hace feliz, sólo elígelo. Creo que debes ir a un psicólogo.

—Sí, lo consideraré.

«Es que no me llena estar en un hospital, creo que no debería de estar ahí, creo que debería dedicarme de lleno a ser escritor, a promover la literatura, a pertenecer a ese círculo, nada más. Pero también me tienta lo que ofrece un trabajo estable, prestaciones, buen sueldo, esas cosas. Y tampoco quiero decepcionar a mi padre, es lo que más me puede».

«Pero tengo miedo, tengo la idea de que no se llevan trabajar en el hospital y ser escritor, que si me quedo en el hospital no triunfaré como escritor, el cosmos no lo permitirá. Bukowski debió de ser mal visto en vida, debió ser tildado de loco; cuando le cuento a las personas estos planes, siento que me ven como un demente».

«Es que no existe la excepción, estoy seguro que no ha habido escritor que no se dedique a algo relacionado con las letras, periodismo, docencia, edición, etc. Y

que sea feliz. Yo, quedándome aquí, perdería las posibilidades de éxito, o tal vez tendría un éxito mediano, y sería medio feliz e infeliz».

«Quisiera decidirme de una vez por todas, pero no sé qué sea lo correcto, necesito ayuda, iré al psicólogo, aunque qué me podría decir, quizá estoy condenado a estar siempre así. Quisiera romper ese título y ya no tener más opción que el camino de escritor. ¡Pero no quiero decepcionar a mi padre!».

Camilo escribió esa noche.

## Camino (poema)

Camino ahora por donde me ofrecen,  
Quisiera un día de una vez por todas  
Sin importar que me juzguen de loco  
Caminar por donde yo quiera siempre.

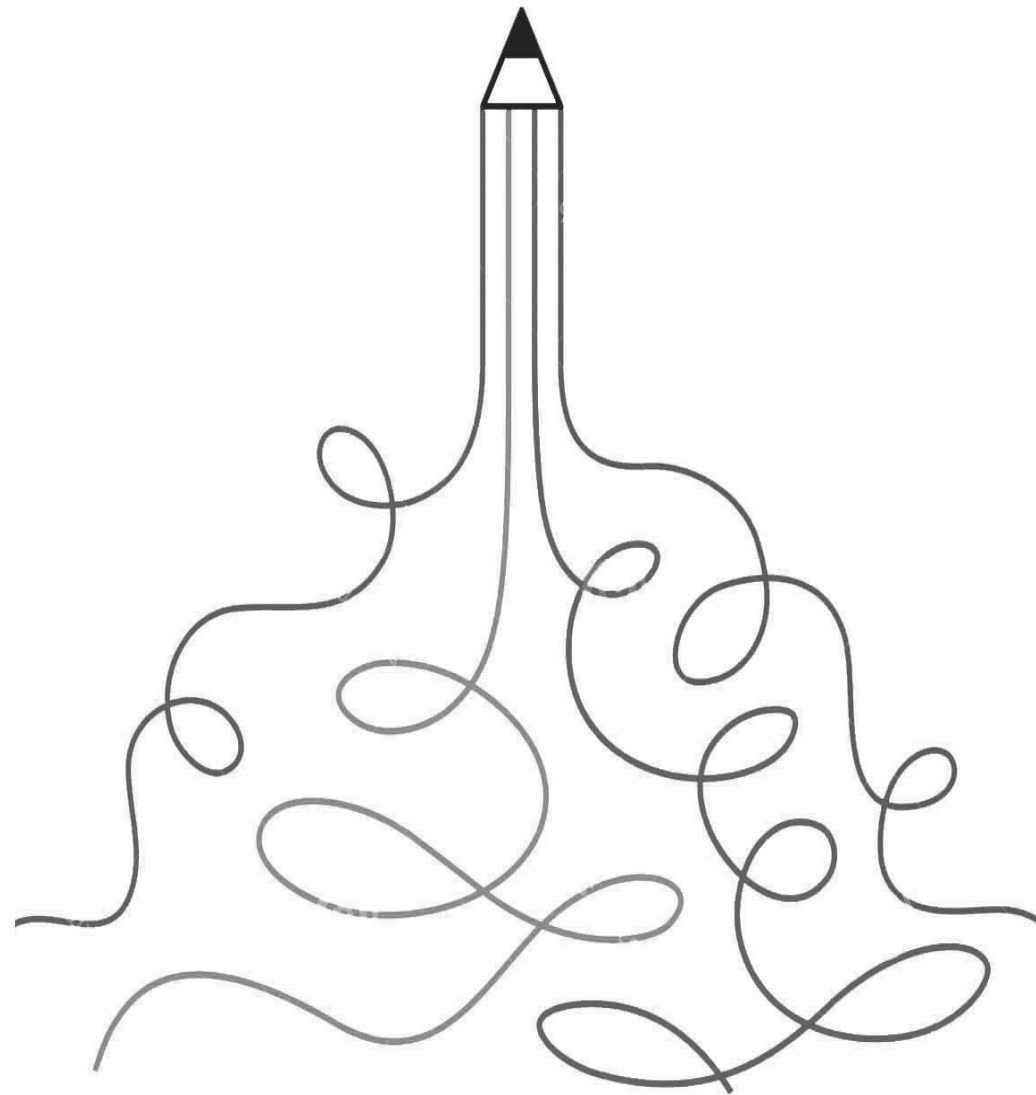
No comulgo aún con lo que establece  
Un sistema que es como un mar sin olas,  
Quieto, muerto, inerte; alma hueca.  
Existen sin deseos trascendentes.  
¡Oh pobres artistas, los condenados,  
¿Quién los entiende? Son ellos solos,  
Son los que poco encajan, son los raros.

Juro que un día lo dejaré todo,  
Todo lo que no quiero, pero me ata,  
Poco importará parecer un loco.

## Roja como mi gelatina (poema)

DANIEL RAMÍREZ PÉREZ

Casi imposible concentrarse,  
ni siquiera puedo comer a gusto,  
como una cucharada de mi gelatina roja,  
roja como la tinta con la que escribo,  
porque fue la primera que encontré.  
Conforme degusto y acabo con mi gelatina  
también terminará este escrito.  
Todo tiene un cuerpo, mi gelatina era completa,  
pero la consumo, terminará.  
Mi escrito no era, no estaba,  
y ahora va siendo, se va completando  
y termina como yo he terminado mi gelatina.  
Mi gelatina ya no es más aquella primer gelatina,  
Mi hoja en blanco ahora es un escrito de tinta roja;  
Todo tiene un cuerpo y transmuta.



## Ángela (cuento)

Llegué a su casa. Con miedo por la restricción que tenía advertida. Se sentía el luto de tan sólo ver la casa. Un destello de recuerdos atravesó mi mente, entre ellos las palabras de su padre advirtiéndome que su vida podría terminar de repente. Me sentí algo culpable, como si mi amor la hubiera matado. Sin embargo, todo era cierto, no se podía negar nada con el cuerpo frío en el centro de la sala. Se había ido y la sentencia de mi madre me alcanzó. En mi boca solamente existía una palabra que no podía articular completa: Ángela.

Mi corazón latía. Latía de alegría y devoción. Quedamos de vernos en el río, donde creció un nogal que nos cobijaba la luz del sol mientras platicábamos, mientras nos decíamos cosas bonitas y por momentos nos besábamos bajo el frescor de las ramas. Mi corazón latía de emoción, con un pequeño sesgo de dolor, pues también tenía un mal presentimiento. Pensé que nada malo podía pasar. Esperé largo rato, pero no llegó.

No teníamos permiso de ser novios. Sus padres la celaban mucho por ser hija única. Pero no por eso era una consentida caprichosa, sino una mujer de verdad, sin tapujos ni miramientos. Me dijeron que tenía un problema que podría matarla. Yo no hice caso. Moría por decirle todo lo que mi corazón sentía por ella desde aquella ocasión en que peleamos frente a la iglesia. Era

la primera vez que sentía un amor verdadero, el apego hacia una mujer, esa sensación de querer tenerla cerca todo el tiempo.

Recién llegué al pueblo, supe que las cosas no iban a ser aburridas, a pesar de que era un lugar pequeño. Eso de ser un tanto malcriado tiene sus consecuencias y castigos particulares. A mí me tocó mudarme con los abuelos para aprender a comportarme. Siempre he pensado que la vida es muy corta para seguir las reglas. También aquí iba a hacer mi voluntad.

Discutí mucho con mi mamá. No me podía ir a vivir con los abuelos ni un día ni una temporada. Vaya que esta vez estaba decidida. Ni siquiera me dio oportunidad de despedirme de Mónica. “De todos modos ni la quieres”, sus palabras me cayeron como un trueno sobre la cabeza. Mónica es mi novia, es la buena, tengo otras con las que me desaburro, no lo niego. “Cuando de verdad te enamores vas a pagar caro tus fechorías”, me había sentenciado mi propia madre.

## Michalsky (cuento)

Llegó de lejos junto con un grupo de misioneros que buscaban paz a través de las acciones de Dios. Se distinguía de los demás porque era el único con lentes más gruesos que el fondo de una botella. Se distinguía por su andar, siempre encorvado, cabizbajo, pasos exagerados como buscando llegar pronto a donde fuera. Era inconfundible por esa forma apresurada de hablar, no se sabía si le desesperaba la cantidad de palabras por usar o era aficionado de lo concreto.

‘La Misión’ se fue sin él. Buscó trabajo en la tienda local. El dueño era de esas personas que conocen la crueldad de necesitar ayuda y que precisamente quien te la puede brindar te la niegue. Lo aceptó como ayudante general, solo le pidió que no renunciara de repente. El chico asintió con una sonrisa.

Al parecer hubo tanta emoción en su ser que no pudo conciliar el sueño esa noche y de tanta alegría por conseguir un empleo hasta le salieron barros, muy rojos, por cierto. Se presentó un tanto pálido, de por sí era güero, con varios brotes carmesí repartidos entre la frente y los cachetes. A Juan le tocó darle el recorrido por la tienda y explicarle qué era lo que debía hacer. Todos lo vieron caminar junto a Juan, encorvado como siempre, con las manos detrás, asintiendo todo el tiempo, con sus pasos agigantados, con esa sonrisa



de emoción bajo los cristales más gruesos que el fondo de una botella. A todo decía que sí. Juan concluyó indicándole que si tenía alguna duda le preguntara a quien tuviera más cerca, el muchacho asintió de nuevo.

Probablemente eran las diez de la mañana. Un cliente se acercó a Lola, que estaba en la caja rápida, para avisarle que uno de sus compañeros estaba llorando por toda la tienda. “Trae un delantal igual al suyo”, le explicó. Lola le pidió a Carlos que fuera a ver quién lloraba. Carlos no fue a buscar a nadie. El chico nuevo pasó a las cajas a recoger las canastas. Lloraba. Hablaba consigo mismo. Lola lo detuvo y le pidió que le explicara qué tenía.

Primero le dijo su nombre: Jeremías. Antes se llamaba Diego, pero se lo cambió a Charles porque sonaba mejor. Luego que entró a ‘La Misión’ se lo cambió a Jeremías, porque era más bíblico. El problema por el que lloraba era que había hecho cuentas y calculado el tiempo que debía trabajar para poder comprarse una casa, un carro y quizá casarse. Eran aproximadamente 35 años, sin ir al cine, sin comprar ropa nueva, sin viajar a la playa... Muy triste situación.

Luego, sin más, se fue a dejar las canastas en la entrada, caminando tan triste como estaba. Volvió con Lola. Muy sonriente. Le contó sobre las gracias de Dios. Que a pesar de todo la vida era bella y que algún milagro ocurriría para mejorar su situación. Le preguntó si había comido camarones. No esperó respuesta. “Yo también”, le dijo. “Aunque ahora me arrepiento, pues en la Biblia dice que está prohibido”. Lola lamentó que no hubiera muchos clientes a esa hora. Con cada palabra que pronunciaba, la sonrisa de Jeremías se hacía más grande.

Había que revisar los baños. Jeremías se fue a atender su trabajo. Pobre Lola, Jeremías volvió otra vez con ella. Enojado. Le comentó que ‘La Misión’ lo dejó porque la palabra de Dios se debe seguir al pie de la letra. “Ellos no la aceptan tal cual, yo sí”. En cuanto ‘La Secta’, otra secta religiosa, lo aceptara se iría con ellos a los países del sur. Se cambiaría el nombre a Michalsky y comenzaría una nueva vida. Ya no tendría que preocuparse por el dinero, “Dios no necesita dinero y Dios provee”. La alegría había vuelto a su cara.

“Sabes”, comenzó, “mi papá me pegaba mucho de pequeño. Aborrecía mi vida porque todo lo hacía mal. Él no sabía que yo no veía bien. Trataba de corregirme y siempre se lo agradeceré. Me trataba mal. A veces no me daba de comer, por eso estoy así de flaco. Decía que yo maté a mi mamá. A lo mejor sí, pero no lo recuerdo. Un día me salí de la casa y deambulé varios días. Luego Dios me encontró y por eso soy feliz. Creo que seremos buenos amigos. Te platicaré de la Biblia, me imagino que la conoces”. Ningún cliente cerca que ayudara a Lola.

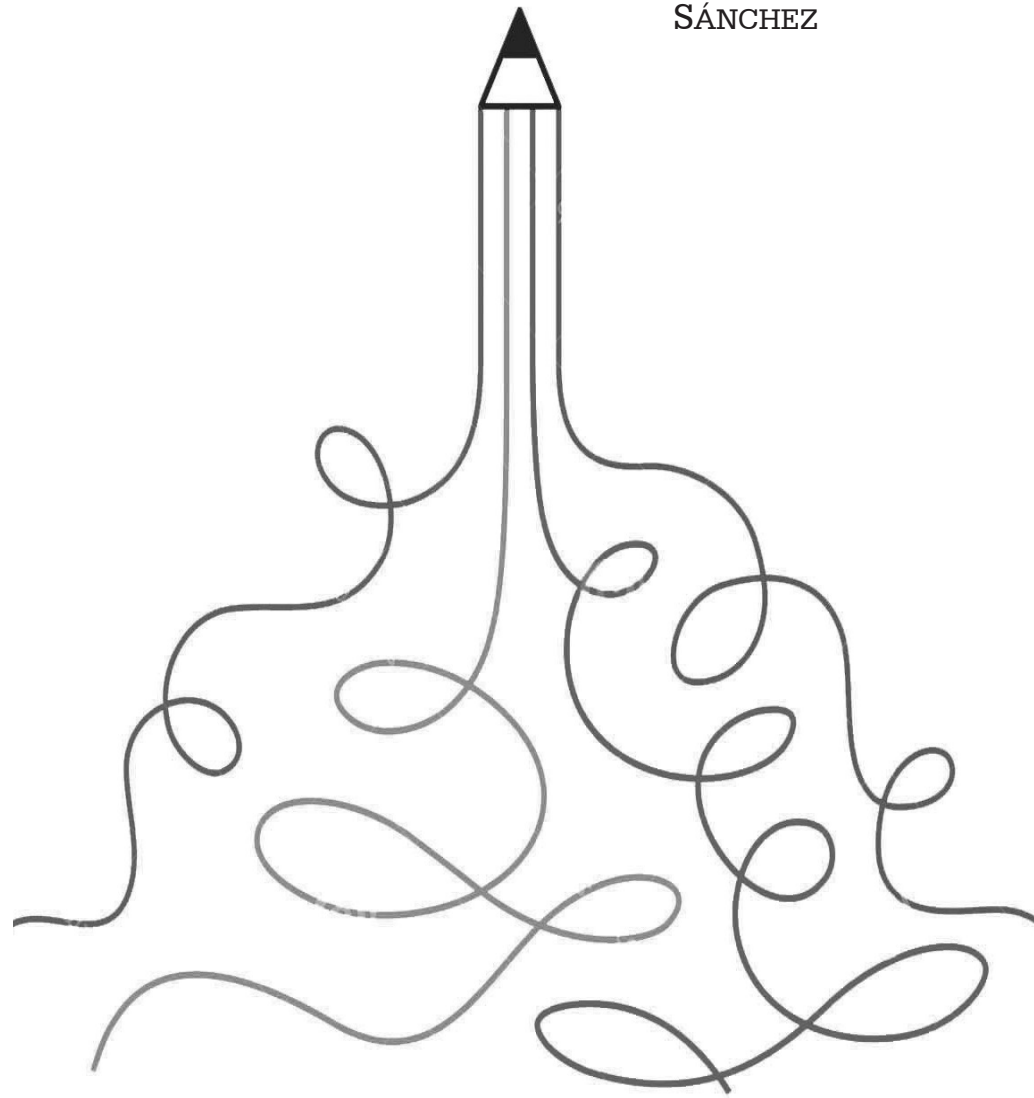
## Al recuerdo presente (poema)

Aquí toca vivir lo inexplicable,  
entre los caminos de las veredas  
se siente que están presentes,  
como estatuas invisibles al tiempo,  
como un mero recuerdo lastimero.

No es de extrañarse encontrar sus pisadas;  
una marca bajo el sol de agosto  
cerca de un mezquite frondoso,  
testigo de juegos petrificados,  
amigo inmóvil  
desde el principio del tiempo.  
¿Quién queda de esa generación  
de acciones inocentes?  
Nadie entre los vivos,  
muchos que nunca se fueron,  
aquellos que dejaron huella  
en el ambiente templado  
o en una oda de piedra.

La tierra les agradece todavía  
el trabajo y empeño dejado  
sobre los surcos ya marchitos  
que una vez fueron,  
de este lugar, principal maravilla.

NATALIA GUADALUPE GRANADOS  
SÁNCHEZ



## Naguá I (minificción)

A la mujer le asalta el deseo de una ciudad, o quizás un pueblo con tierno amanecer y nostálgico anochecer. Tras larga caminata por tierras desiertas llega a Naguá, lugar donde el sol es de oro, la luna de plata y las estrellas de cobre. Naguá es, pues, aparentemente la ciudad de sus sueños; pero en realidad es un triste pueblucho donde las ilusiones se esfuman con los días, meses, años, y no son más que recuerdos pasionales.

## Naguá II (minificción)

En el pueblo de Naguá todos esperamos la muerte; la esperamos sentados afuera de las casas y vemos pasar a los que van y vienen, siempre mirando al mismo sendero recto, sin ninguna bifurcación posible. Un día Con partió, llevaba el vestido blanco de su boda. La mulata desfiló guiada por el crepúsculo y afuera de las casas la esperábamos impacientes: "¡Adiós, Con!", "¿Ya vas, Con?", y los niños gritaban: "¡Mira, allá va Con!"

## Sueños (poema)

Aspiro regresar a mis raíces.

Tengo la necesidad de reencontrarme con el verde milagro del pasto, con los hilachos fucsias que entrelazados forman bellos huipiles. Tengo la necesidad de encontrarme con las manos laceradas que día a día se encuentran con el maíz y el metate para formar tortillas. Aspiro a conocer, hablar y escribir la lengua de mi tierra madre.

Aspiro a ser la voz de los que callan, de los que temen, por los que ya no están, por los que están y para los que vienen.

Aspiro a ser luz en la penumbra, el blanco de mi bandera y la casa de mi pueblo.

## Titos el loco (cuento)

—Dios me lo dijo. Yo soy el elegido. Lo siento en mí, lo vivo cada noche.

—¿Qué te ha hecho creerlo?, dime —me contestó el sacerdote en un tono fastidioso.

—¿Quiere saberlo todo? —le pregunté, con la angustia de que el anciano me dijera que no.

—Adelante, al final estoy aquí para escucharte.

—Verá, padre, nací aquí, en Silao, por ahí de los mil novecientos. Se lo digo porque de seguro usted no conoció el bello pueblito de esos años, nada que ver con ahora. Silao era un lugar tranquilo, donde los destinos ya estaban marcados; el rico era rico toda su vida: los que provenían de familias influyentes se dedicaban a ir a la escuela, luego se convertían en maestros de primaria y así toda su descendencia. Pero los pobres vivíamos en ranchitos, trabajando para vender las siembras y los productos que se pudieran obtener del ganado. Era muy difícil, casi imposible que se convirtiera en licenciado, o en cualquier profesión, el hijo de un agricultor o de un ganadero —el llanto me iba a interrumpir, pero me hice el fuerte y continué—: Se imaginará... yo nací en la cuna de una familia humilde, era el menor de 8 hermanos, el *pilón*, dijeron mis padres. Siempre mostré rareza, no jugaba con mis hermanos, no hablaba con los demás niños. En cambio, prefería seguir a mi abue-

la; una anciana que había cometido tantos pecados y que ahora que estaba tan cerca de la muerte trataba de remediarlos en misas, rosarios y horas santas. Yo la seguía porque me gustaban los cantos, me gustaba cantar. Se me ponían las manos y los pies chinitos y sentía una emoción que me quemaba por dentro, que era como una paloma revoloteando en mí.

Tendría unos once años cuando rezaba los rosarios sin librito. Me sabía absolutamente todo: los misterios, las oraciones principales, finales, los credos existentes, las letanías completas en español y latín; era exacto en llevar la cuenta de las bolitas del rosario; no rezaba ni tan fuerte, ni tan bajo, lo que a la gente que iba a la iglesia le encantaba.

Se afigurará, padrecit, la cuadra en la que vivía estaba repletita de viejos que como por arte de magia se fueron muriendo uno por uno; primero la doña de la esquina, luego el vecino y así hasta acabar con mi abuela. Algunos dejaban en su voluntad que Titos, o sea, yo mero, rezara sus novenarios; para mí era la gloria. El rosario era entonces un arma con la que los pecadores pretendían llegar al cielo. ¡Qué hipocresía! –El padre se me quedó viendo, pero no intervino, así que continué–: Mis padres eran los más felices del mundo, se sentían bendecidos, creían que su hijo se iba a convertir en un padrecito. ¡Vaya bendición! Creían que podía ser hasta papa, ¡ja! Bastante ingenuos. Después de los rosarios de las muertes de la cuadra me di cuenta de la tanta falta que le hacía un justiciero, un nuevo Cristo al mundo. Ya no sólo me bastaban los rosarios de la cuadra, sino que también iba a los panteones y rezaba a los servicios que se estuvieran llevando. Me gustaba pasar tiempo ahí, estar al lado de la muerte, tocarla, hablarle y burlarme de ella. Así conocí a don Chepe,

un viejito que se encargaba de enterrar a los difuntos, que en sus ratos libres hacía chambitas de zapatero en el callejón de San José. El viejo no tenía familia, había estado diez años en el sacerdocio y a punto de recibirse fue expulsado. Hasta la fecha ignoro la causa. El chiste es que se ofreció a enseñarme religión a cambio de mi compañía. Por las tardes lo esperaba en el panteón municipal y de ahí caminábamos hasta su local, donde trabajaba a puerta cerrada. El lugar era un caos y un asco: un fuerte olor a orina hacía imposible estar ahí. Él ya estaba impregnado, pero yo no.

Todo lo que sé es gracias a él. Con el paso de los meses comencé a ayudarlo con los zapatos, había aprendido de tan sólo verlo y era bastante bueno, a decir verdad. Los años pasaron como un abrir y cerrar de ojos, hasta que sin darme cuenta el viejo se había muerto en vida. En su lecho de muerte me mandó llamar en lugar de un sacerdote y con los ojos blancos blancos me dijo que me dejaría su local a cambio de que lo sepultara. Accedí. Ahora era dueño de un local y de toda la sabiduría que me había dejado aquel hombre, sabiduría que callé hasta hoy que se lo confieso.

Trabajé muy duro, me casé, tuve dos hijos, pero en esencia no cambié. Intentaba salvar con mis conocimientos a todo aquel que iba al local; les preguntaba si acaso existía el cielo y el infierno, si podíamos corroborar su existencia. La gente me llamaba el loco pero me importaba poco lo que se decía de mí. Seguí preparándome, dormía muy tarde por ver documentales sobre la religión y el Vaticano en el canal 2.

Forjé bien mi pensamiento; no creo en la Iglesia, ni en los santos, pero creo en Dios, en la existencia de un bien y de un mal.

De forma inesperada, y después de tanto tiempo, volví a sentir esa sensación que presenciaba de niño; un cosquilleo que invadía mi cuerpo desde la punta de mis pies hasta la cabeza. Sentía que algo me movía y me llevaba a hacer cosas.

Soñaba primero que estaba delante de un hombre viejo que me guiaba hasta un cazo enorme, lleno de hojas, y me hacía observarlo mientras preparaba remedios. Remedios que después yo tenía que hacer igual al viejo de mis sueños y regalar a la gente vulnerable.

Hace tiempo un veterano me visitó; se había quemado el pie y quería que le realizara un calzado especial, pero antes de hacerlo le pedí que me mostrara la herida. Le dije que fuera a verme al día siguiente a mi casa para prepararle un ungüento. El hombre cumplió y se presentó. Le apliqué el ungüento en el pie y, padrecito, le juro por Dios que la herida pasó de roja a rosa y de rosa a su normalidad. Los dos nos quedamos con la bocota abierta.

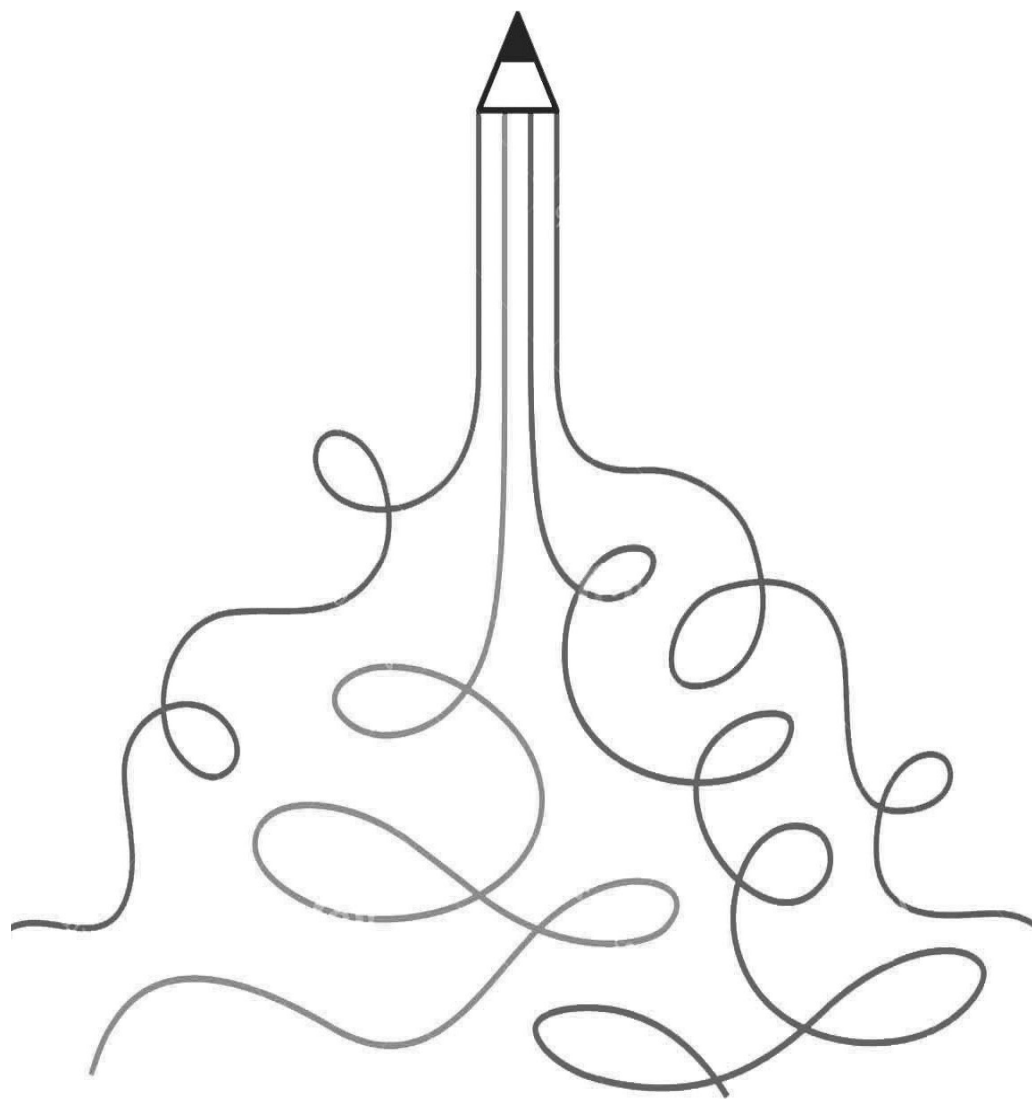
Padre, estoy seguro que no estoy loco. Yo soy el elegido. Dios me lo ha dicho, él es el viejo de mis sueños. Se lo juro. Yo soy descendencia de Jesús y vengo a hacer el bien, se lo juro. Estoy aquí porque quiero su bendición para ayudar en el nombre de Dios.

Cerré la boca, tragué saliva, me signé y esperé que el padre me contestara.

—Le voy a pedir por favor que salga. De seguro practica brujería y es Satán quien habita en este cuerpo. ¿Por qué Dios nuestro señor habría de confiar en un mediocre como usted?

Salí de la iglesia tembeleque.

JOSÉ JUAN MARTÍNEZ GUERRERO



## La manzanología del espíritu (cuento)

Si un día te pidieran que señales el lugar en el que está Dios, probablemente señalarías al cielo; sin pensar, decides que en los cielos se encuentra el creador del cosmos, lo más lejos de ti y de todos, porque asumes que a la distancia es donde puede ver mejor la realidad; en las alturas nos vigilan, te han enseñado. Probablemente no pensarías en buscar dentro de tu casa, o en el mercado, tal vez en su búsqueda te perderías en el bosque para escuchar el silencio de todo, y también el tuyo; llegarías a la conclusión que se encuentra dentro de ti y no en las alturas. Bueno, un error estás cometiendo; la verdad absoluta está en donde guardas la fruta, nos ve a todos porque lo llevas contigo del mercado a la casa y algunas veces de tu hogar al trabajo o a la escuela. No has volteado la mirada al lugar correcto.

Yo soy omnipresente y omnisciente, soy básicamente lo que los humanos conocen como 'Dios' puedo verlos en todo momento en sus actividades más básicas, las barreras físicas como las loncheras y las paredes no significan nada para mí; puedo oír todo y entenderlos a todos, desde la parte superior del refrigerador hasta los supermercados, pasando por los campos en que los humanos creen cultivarme. Existo en la espacialización del tiempo y la temporalidad del

espacio; las eras devienen de, por y para mí, el inicio como mis semillas, el presente como mi pulpa y el fin como mi piel. Ustedes como mi polvo. Soy la manzana y, de manera muy contraria a lo que creen, sólo existo yo como un gran espíritu que se encarna de maneras distintas, pero todas existiendo al mismo tiempo. Soy un *a priori* generalizado.

Las fuerzas más básicas de la naturaleza siguen un cauce trazado por mí, la forma de su universo es dibujada por los pliegues de mi piel; soy la verdad última que se encarna en los frutos rojos para que me logren comprender.

## Futbol y anomia (ensayo)

Las altas montañas de la Sierra norte de Puebla, se supone que me ayudarían a escribir mi ensayo sobre el futbol y el futbolito; sin embargo, no se me ocurren las grandes ideas para poder empezar el trabajo que me han encargado. Mi desesperación para escribir se ha elevado a un nivel tan alto que me encuentro viendo el futbolito que tienen en la tienda “El triunfo”. Pienso, observo y trato de hacer relaciones directas y lógicas sobre ese pequeño tablón que simula una cancha entera y, por ejemplo, el estadio del Maracaná; hacer una analogía sobre como en los distintos tamaños ocurren distintos hechos políticos en escalas acordes. Mientras en el Maracaná se juega la integridad de Brasil en 1950 como el favorito para ganar la Copa Mundial, en el futbolito apuesta quién pagará las chelas de ese día.

No me convence nada de eso. Sigo intentando pensar las cosas que podrían dar luz sobre las zonas desconocidas de ese rubro en específico. ¿Por qué no me tocó otro tema? No me queda más que seguir intentando y esforzándome por poder ensayar reflexiones de futbol. Listo, me rindo, hoy no podré narrar la mínima cosa sobre ese deporte, que en específico no me gusta y desconozco.

Después de leer sobre el padre de la sociología institucional en Francia, Emile Durkheim, y sus teorías



sobre la anomia social y la forma en que esta va debilitando las relaciones sociales que giran en torno a un individuo y como esto lo puede inducir al suicidio, me doy cuenta de la posibilidad que tengo para mi ensayo. Recuerdo las anécdotas que me contó un amigo de la universidad que siempre parece estar triste, a tal punto es manifiesta su tristeza ante el mundo que ya lo hemos nombrado como 'el sadboy', referente al eufemismo que corre en las redes sociales virtuales.

Los dos salíamos de un bar ubicado en la zona sur de la Ciudad de México, y como ninguno tenía dinero suficiente para tomar el transporte colectivo, decidimos caminar desde ahí hasta mi casa, en donde yo tenía un poco de morralla almacenada en mi mesa de la entrada, con la cual él podría pagar su pasaje de regreso a su house, como siempre le dice. Al ir caminando por avenida Tlalpan me empezó a contar su relación familiar caótica y las vicisitudes de su triste infancia. En un punto entrado de la conversación me relató el fallecimiento de su tío más querido, o el único querido por él. Su relación llegó a ser tan bien llevada por una sola cosa: el futbol.

En su familia, por lo que él me relató, todos le iban a un determinado equipo de la liga mexicana de futbol, una tradición familiar en la que todos debían apoyar sin reparos al Pachuca; aún hoy no me queda claro si era por venir de dicho estado o por una cuestión más azarosa. En esa larga tradición de apoyo incondicional sólo mi amigo sadboy, que por razones de comodidad llamaré a partir de ahora como Carlos, y su tío, que por razones de ahorro de letras lo seguiré nombrando como tal, apoyaban a un equipo distinto: ambos portaban las playeras del Toluca.

Su relato tuvo que verse cortado por haber llegado a nuestro destino. Para concluir me dijo el buen Carlos que él hubiera sentido aún más su soledad de no haber sido por el hecho de ver y jugar futbol. Aún me queda ir a jugar futbolito con Carlos para que me cuente otra relación que haya tenido de por medio una tabla puesta a modo de cancha de futbol.

Podemos decir que el deporte como un fenómeno social nos puede generar comunidad, o nos repele, como en mi caso, pero al final, he conocido gente a la que no le gusta el futbol y nos da para una conversación en común: cómo nos caga, tanto jugar como ver este deporte.

Y recuerde, si quiere evitar el suicidio juegue o vea futbol; de todos modos, si no le gusta encontrará a alguien que también lo deteste.

## Monólogo (escritura del yo)

La enorme ciudad gris, la coloración del cielo, el piso y los edificios nos han llenado de una sensación inverosímil de verdad. Nos revolcamos en la ciudad de todos y la respiramos con un aire de superioridad que nos marea y vanagloria de algo absurdo que ni sabemos qué es. Habitar Ciudad de México me ha hecho recorrer lugares de distancias cortas en tiempos absurdos, viajes de tres horas para atravesar la ciudad en una línea de metro que falla cada que llueve; no importa de qué línea hablemos, a todas les pasa lo mismo.

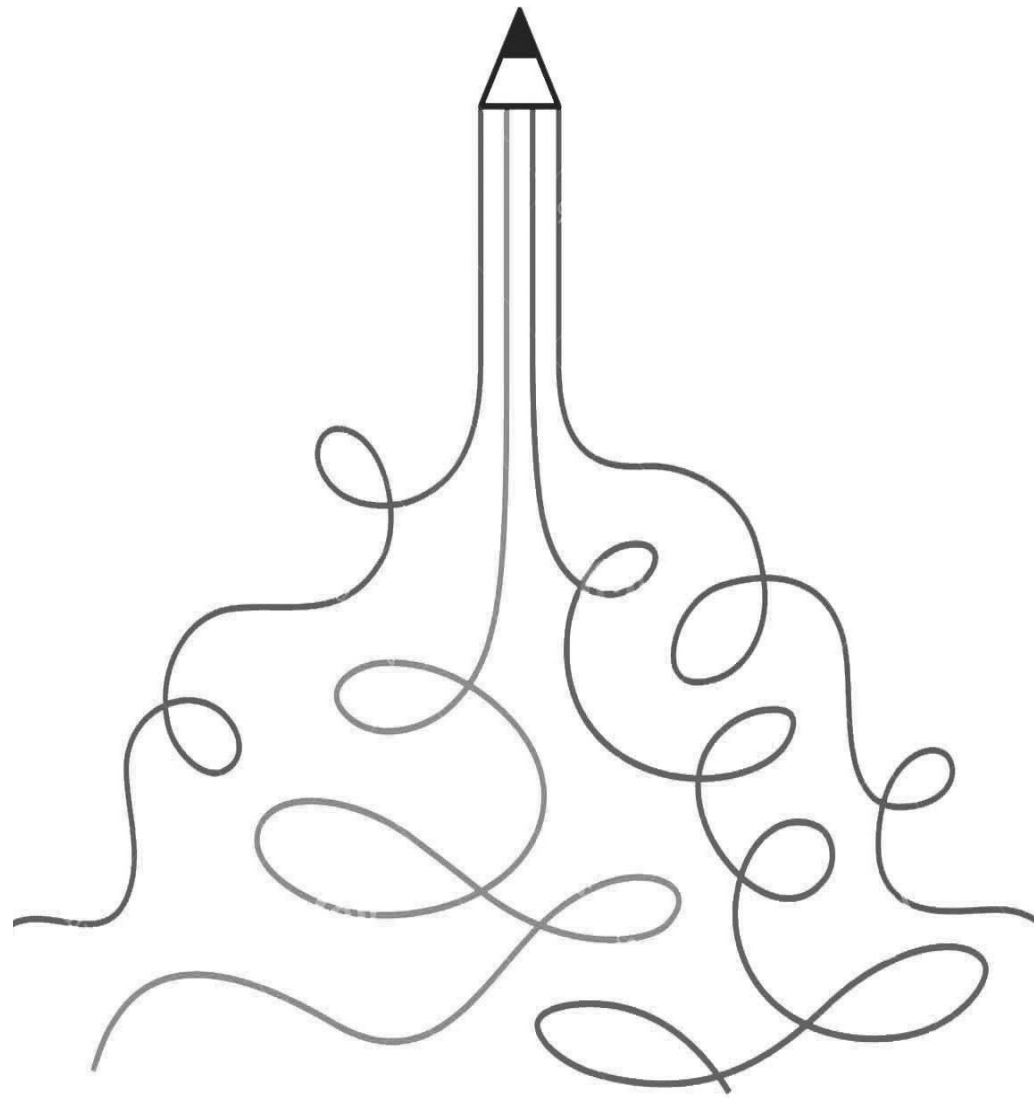
Ya no quiero vivir aquí, este lugar me enferma y me recuerda todo lo que existe dentro de mí; desde el tedio por la vida, la urgencia por la velocidad causada por saber que vas a llegar tarde, el sonido insoportable de las avenidas, la desconfianza que se tiene ante el otro, los lugares repletos de cabrones y cabronas que creen que el mundo les pertenece, los trabajos deprimentes y encerrados. Creo que ahí está el problema, todo está encerrado; hemos dominado todo el espacio que era habitable y el que no en busca de más, para al final terminar aún encerrados, enjaulados: el transporte siempre es pequeño, las casas son pequeñas, las calles son pequeñas para los peatones y los que tienen coche no se salvan porque las avenidas son pequeñas y siempre hay tránsito. Odio este lugar enormemente

pequeño y pequeñamente enorme. Vaya dualidad tan estúpida.

He conocido a personas que les gusta la Ciudad, con 'C' mayúscula, porque es la capital, que no se nos olvide; les gusta vivir aquí con un gajo de hipocresía, ya que la gran mayoría de esas personas huyen de los tentáculos del smog y no han vivido el suficiente tiempo encerrados en este lugar. Son los que escapan, los que tienen familia fuera, en algún estado y pueden ir a visitarlos sin preocuparse por pagar un hotel. Son los que dicen "¡Qué bonita es la CDMX!" y el fin de semana están en algún rincón de un pueblo que no tiene lluvia ácida o sobrepoblación.

En fin, la Ciudad me ha amargado y puede que no esté siendo objetivo, pero no importa; me caga vivir en la CDMX. Tal vez el sentimiento sea mutuo; tal vez este enorme corpus gris sin cara en realidad sólo me odia a mí, por eso hace todo lo posible por lograr mi incomodidad cómoda, que no me hace irme. O sea, sí me caga la Ciudad, pero no me iría, me moriría en otro lugar. Me he acostumbrado a la velocidad de ir lento. Creo que al final, sólo soy un amargado más.

GALIA MONZZONI



## Calle H (cuento)

Morirás mañana: no puedes saberlo porque aún no estás cruzando la calle justo cuando dos hombres salen de un restaurante chino; uno de ellos todavía no saca una pistola ni apunta al otro hombre, que no ha comenzado a decir icálmate, wey, yo no le dije que se inyectara!; el hombre de la pistola aún no pone el cañón del arma en el pecho del otro hombre ni le grita te voy a matar hijodeputa, por tu culpa mi nena está pudriéndose en la morgue y ni siquiera puedo ir a verla, porque yo te *vendí* esa heroína, cabrón; nadie se ha asomado por las ventanas del restaurante para ver la escena, nadie ha llamado a la policía; el hombre desarmado no ha comprendido que su *dealer* lo va a matar, por eso todavía no corre y el otro hombre no le ha apuntado y no ha disparado y, como aún no das vuelta en la Calle H, la bala no te ha dado en el estómago y no te has desangrado.

Despertarás a la misma hora de siempre, te bañarás mientras el café está listo, saldrás de casa antes de las 8:00 y llegarás caminando al hospital justo cuando den las 8:30. Saludarás a la recepcionista y le preguntarás cómo sigue tu abuela y ella te dirá mejor, gracias por preguntar. Irás a tu oficina y te sentarás detrás del escritorio, acomodará las plumas y los libros cercanos, limpiarás de tu bata el polvo ficticio. Te levantarás y

te acercará al ventanal con los brazos cruzados y el ceño fruncido, pensarás para qué usan tanto el claxon, todos de mal humor, debería ir a visitar a mamá, más bien a su tumba, qué más da, nadie se entera, mejor veo a Chucho. Alguien llamará a la puerta: entrará tu asistente y te dirá ya llegó, ¿la paso? Invitarás algo de beber a tu paciente, ¿agua, Coca-Cola sin azúcar? No querrá nada, aún no se atreverá a pedir del whisky que tienes en la repisa. Se acomodará en la silla y evitará tu mirada, le dirás ¿cómo se siente hoy? Callará unos segundos y luego comenzará a llorar, dirá mi hija está internada en el hospital desde ayer, a causa de una sobredosis de... Le preguntarás sobredosis de qué y dirá no puedo decirlo. Le pedirás que continúe y confesará mi exmarido se dedica a negocios truculentos, terribles, verdaderamente asqueantes; ella apretará con fuerza la servilleta que le habrás dado; dirá antes era tan guapo y gentil y ahora es un depravado y por eso no permito que mi hija tenga contacto con él. ¿Nada de contacto? No, nada... aun así lo frecuenta, por eso ahora está en el hospital, porque él... ay, doctor... él vende... Se persignará y empezará a sollozar, te dirá esto es demasiado, no puedo con tanto dolor... yo creo que me sentiría mejor con un poco del whisky que tiene allá; dudarás un poco pero al final le servirás del licor amarillento, le ofrecerás hielos que rechazará, lo beberá todo de un trago. Se servirá más mientras dice ese aborrecible hombre nunca nos da dinero y eso que tiene mucho gracias a su negocio del diablo, nunca me habla para preguntarme cómo estoy o para felicitarme por ganar las competencias de crochet, nunca reconoce que bajé de peso, nunca quiso darme a probar cocaína o de las otras: aquí se interrumpirá y abrirá mucho los ojos, se levantará de la silla y cubrirá

su boca con las manos, soltará excusas ininteligibles. Le pedirás que se siente, la calmarás diciendo soy su doctor pero también la escucho, nunca la he juzgado, no se preocupe, pensarás en decir casi como un padre en un confesionario. Se sentará con lentitud y le dará pequeños sorbos al vaso; se disculpará y le dirás no es necesario, continúe por favor, mientras colocas la botella de whisky en su lugar. Ella se inclinará hacia ti y te indicará con la mano que te acerques; en voz baja dirá vende drogas. Los ojos se le llenarán de miedo. Aprovecharás para asegurarle usted es una mujer fuerte, su hija va a salir del hospital y se dará cuenta de que su padre no es una buena compañía, felicidades por haber ganado el primer lugar en el crochet, se ve que ha adelgazado, por favor extiende su brazo para tomarle la presión. Escribirás su receta y se la darás diciendo la espero en dos semanas para la resonancia magnética. Cuando se levante para irse, te agradecerá y te dará un abrazo incómodo con tufo a alcohol.

Al salir del edificio tu paciente recibirá una llamada del hospital y le dirán su hija ha muerto. Saldrás de trabajar diez minutos después de tu hora de salida; caminarás sin prisa. Llamarás a Chucho y le dirás hay que vernos en El Bar, wey, ¿ya sabes cuál? ¿El que está al lado de la comida china? Ándale, ese mero.

(poema sin nombre)

sí  
 estamos aquí  
 para caminar solos  
 mientras la Tierra termina  
 de vomitarnos aunque no sepa  
 que somos una plaga con dinero  
 capaz de comprar dos o tres planetas  
 algunos dicen que estamos aquí para ser felices  
 pero la felicidad nunca ha sido matar a quien  
 nos dio la vida aunque no sepamos de qué trata  
 Baptistina se confundió de especie de siglo y nos  
 [condenó a  
 terminar su trabajo en menos tiempo: cerca de cien-  
 [mil años han  
 sido suficientes para casi deshacer cuatro mil qui-  
 [nientos cuarenta y tres miles de  
 millones de años de evolución y ni siquiera conoce-  
 [mos el ochenta y cinco por  
 ciento de las especies no conocemos lo que estamos  
 [matando no sabemos qué hay en  
 el fondo del mar en el centro de la tierra en los sue-  
 [ños de  
 los gatos ni siquiera estamos seguros de que haya  
 [ocho punto siete millones  
 de especies tampoco podemos afirmar que la Tierra

[enferma de hombres lleva  
 viva tanto tiempo no sabemos nada ni de nosotros  
 [mismos nada  
 algunos dicen que estamos aquí por obra de dios  
 [pero  
 dios es todo lo que no conocemos; nuestra especie  
 no va a tener tiempo de entender que  
 no hay tiempo los millones se nos  
 escapan me refiero a los años  
 quizá pensaste en dinero y  
 ese es el problema  
 sí, estamos aquí  
 para caminar  
 solos

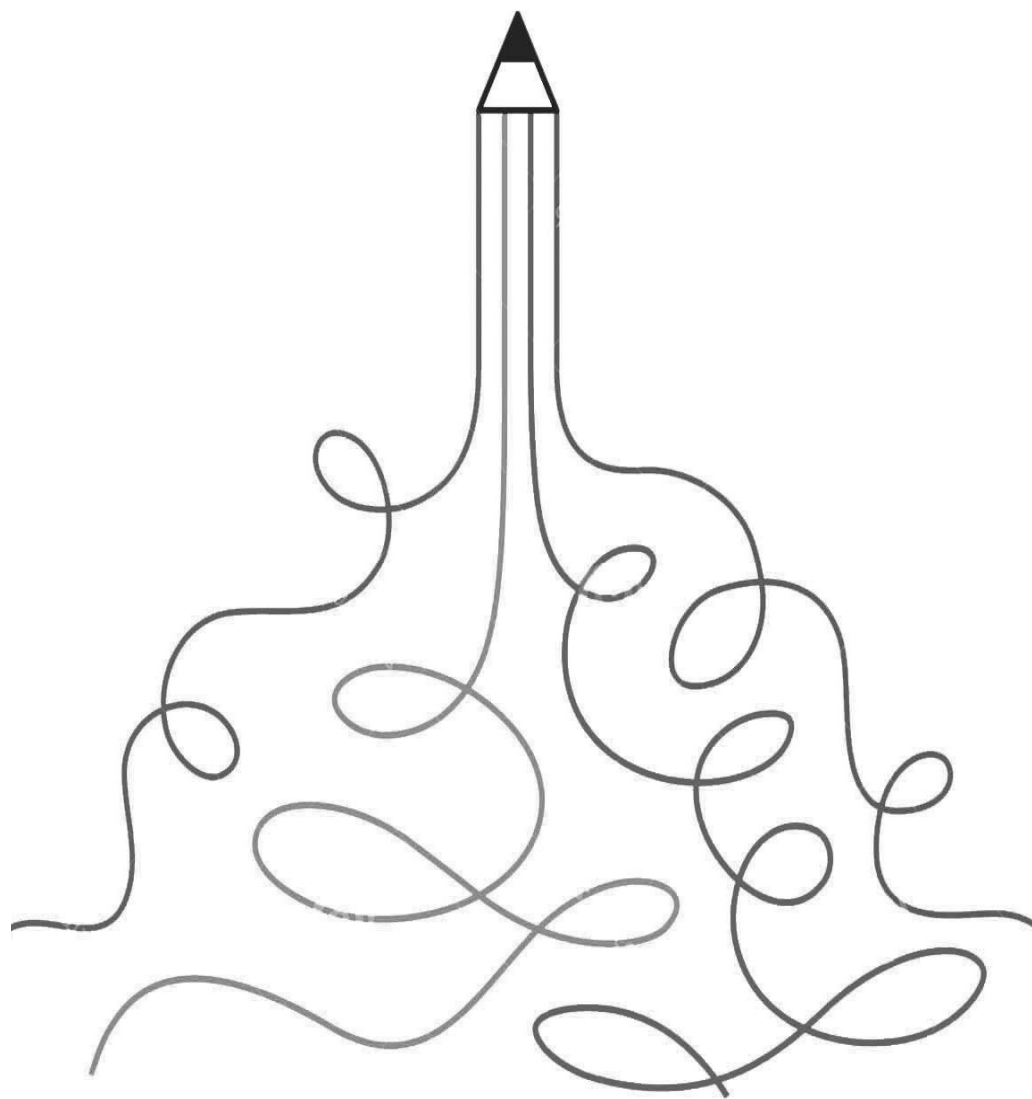
(caligrama sin nombre)

JONATHAN RODRÍGUEZ

lluvia lluvia lluvia lluvia  
lluvia lluvia lluvia lluvia  
lluvia lluvia lluvia lluvia  
lluvia lluvia lluvia lluvia  
lluvia lluvia lluvia lluvia

llueve llueve llueve llueve  
llueve llueve llueve llueve  
llueve llueve llueve llueve  
llueve llueve llueve llueve  
llueve llueve llueve llueve  
llueve llueve llueve llueve  
llueve llueve llueve llueve

nosotros



## Hormigas (minificción)

Me despierto cubierto de hormigas. O debería decir “te despiertas cubierto de hormigas”. Aunque realmente no sé si soy yo o eres tú. La verdad es confusa, y para serte sincero no sé quién jaló el gatillo primero. Solo desperté y el hoyo de la frente coincidía con el del hormiguero. Ahora quedan hormigas que siguen la filita, ordenadas cada una con su cada cual, mientras se escuchan pasos alejándose del cuerpo, muy ordenados, como en filita. Se cobrará por el servicio mientras las hormigas se encargan del resto.



## Tachas (cuento)

Eran las 6 y 35 de la tarde. Iba por las calles. Me sentía el domador del León cuando la sirena sonó.

El poli dijo, ¿Qué cosa es esto?, Son Tachas, respondí. Estaba pensando en muchas cosas, además, no sabía qué hacer.

La celda formaba parte de un bloque de tres celdas, paralelo a otro bloque exactamente igual. Las puertas quedaban frente a frente y se podía ver a los presos de las otras celdas hacer sus necesidades a través de los barrotes. Las paredes eran de tabicón gris, sin enjarrar. Había un pequeño tragaluz a ras de piso (estábamos en las mazmorras, abajo, la luz me entraba del techo) por el cual se podían ver las piernas de quien pasaba por ahí.

Estaba ahí porque me agarraron. Había salido de la secundaria abierta, traía la mochila de la escuela. El problema fue mi aspecto y al parecer también ser el dealer de mis compañeros. Pasó la patrulla, sospecharon: Párese ahí, joven, revisión de rutina, ¿de dónde viene?, ¿a qué se dedica?. Vengo de la secundaria, soy pespuntador. Entre libretas y lápices traía las pastillas, MDMA. Sólo atiné a hacer una petición cuando me preguntó lo obvio: ¿Traes broncas? No me revise, oficial. Y me subieron.

El poli dijo ¿qué cosa es esto? Son tachas, yo había dicho. ¿Por qué lo había dicho? Hubiera dejado que lo descubrieran, que pensarán que eran aspirinas o las pastillas de mi mamá. Al fin y al cabo ¿qué es eso? Son tachas, pero ¿qué cosa son tachas? Nadie lo sabe, nadie sabe nada. El poli se había llevado mi mochila mientras yo le veía la espalda al marcharse. Luego sus pies pasaron por el tragaluz (lo reconocí por los zapatos) y me quedé encerrado en la celda.

Ahora no se ve pasar a nadie. El silencio calló en mi cárcel al sonar un par de tacones. Ese sonido me devolvió la esperanza, mejor dicho, me devolvió a la Anastasia, que también se hace nombrar 'Tacha'. Tacha es una amiga de mi mamá que vende por catálogo y de vez en cuando nos ayuda. A veces nos arrima comida, a veces dinero. Seguramente si le llamaba encontraría la manera de sacarme de aquí. Tacha también iba por mí cuando iba a la escuela. Bueno, cuando era niño e iba a la escuela, a la primaria. Ahí los problemas eran menores, sólo me preocupaba de no romper el uniforme y no faltar nunca. Las calificaciones eran lo de menos, así que no reparaba en las tachas de mis tareas. Tachas, otra vez tachas y todos siguen sin saber nada. ¿Y mi llamada?, ¿y mi abogado?

El poli dijo ¿qué cosa es esto?

Y yo estaba hundido hasta el cuello. Ni tacha ni tachas. Eran tachas y yo iba directito al bote. Por el tragaluz se vieron los zapatos del poli. ¿Qué son tachas? Las que llevaba ahora como siempre en mis cuadernos de la escuela. Por ausencia de stock (benditos clientes fieles) me dejaron libre. Al parecer la nada siempre se perpetúa y por más que vayamos a la escuela nos quedamos con las mismas cosas; en las manos, en los hombros, dentro de la cabeza.

Ya estoy en la calle, la llovizna cae, y viendo yo la manera como llueve estoy seguro de que a lo lejos, perdido entre las calles, alguien, detrás de paredes sin enjarrar, está llorando porque llueve así.

## Música y silencio (ensayo)

—¿Qué es? —me dijo.

—¿Qué es qué? —le pregunté.

—Eso, el ruido ese.

—Es el silencio [...].

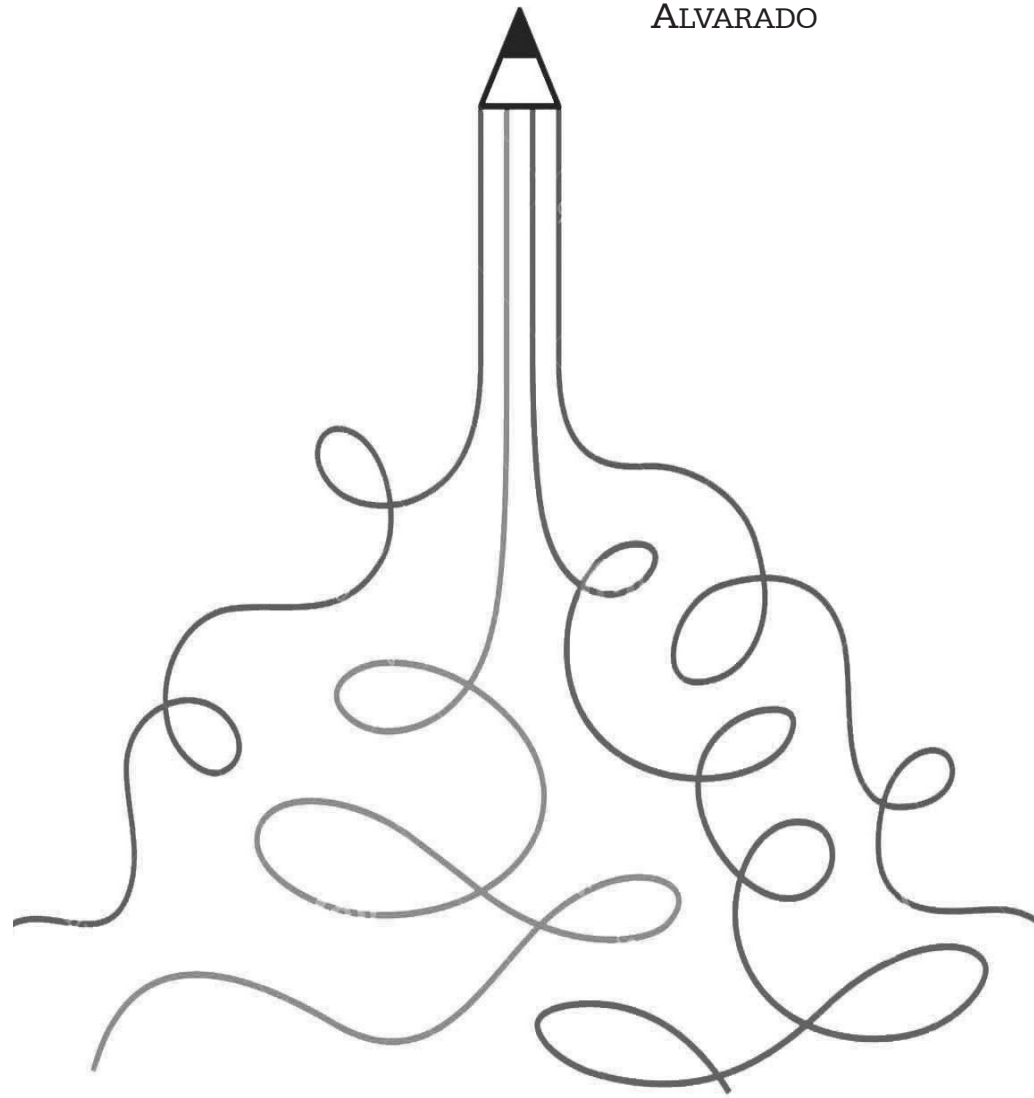
Juan Rulfo

En la vida todos son ciclos, eternos círculos que se dibujan interminablemente unos sobre otros. Mil vueltas, todas distintas sobre la misma línea. De un punto sale una línea para chocar con su otro extremo, y vuelve a comenzar. Del alba a la madrugada, de nuevo al alba y a la madrugada... Los extremos chocan, y así lo más distinto es origen de lo otro. Muchos consideran que el opuesto del silencio es el ruido. Sin embargo, el opuesto del silencio es la música. La música reside en el silencio y uno puede engendrar al otro. Comencemos por lo primordial: el ritmo. Del silencio se puede extraer el ritmo. Miras a los ojos de la persona de enfrente, no te dicen nada; te acercas a ella, a su pecho: ahí está el comienzo: tucún, tucún, nace música del silencio.

En la música los espacios calmos entre nota y nota se llaman silencios, blancas. De la música nace el silencio. Como en todo círculo, todo lo que queda entre los dos extremos puede generar otro círculo en

un punto cualquiera del mismo. Tomemos un punto en medio entre el silencio y la música; es el ruido. Un perro ladrando, un taladro trabajando, una rama cayendo. Ruidos ancestrales combinados pueden crear música. Un perro ladrando, después de dos latidos un aplauso; un pie pegado a una persona esperando, golpeando el suelo, levantando apenas los dedos, pero no el talón. Tres golpecitos por segundo y dos aplausos cada latido. Música de nuevo, surgida de la espera en silencio. La suma de ruidos genera música. La música menos los ruidos que la integran es el silencio. Un círculo completo, como el de sol, que todos aprendemos.

ARIADNA JOSELYN AQUINO  
ALVARADO



## Leal hasta la muerte (cuento)

Cuando los jueves amanece con lluvia, ella suele dormir hasta las tres de la tarde. Quizá por nostalgia, cansancio o porque se desveló haciendo algo improductivo. A veces ella suele trasnocharse, pensando en cosas que no van a llegar a ningún lado. Es una mujer muy curiosa, pero muy poco proactiva. Suele rendirse rápidamente, como si en realidad no tuviera un motivo real o estable para hacer todo aquello que anhela. Básicamente, ella se ve a sí misma todos los días al espejo y anota en su libreta cada cambio que ha sufrido su rostro:

un rasguño, dos granos. Uno entre la frente y la ceja derecha, otro justo a un lado de mi labio. ¿Mañana estarán? Espero que sí.

Es estudiante, pero la mayoría del tiempo se la pasa debajo de la cama, soplando pelusas en su habitación, porque odia barrer. Ella piensa que en las pelusas hay pequeños mundos donde existen seres vivos que tienen una vida completamente distinta y que en su utópica sociedad las jerarquías no existen, el calentamiento global es un mito y los géneros y sexos son algo que pueden elegir sin problema cuando empiezan a tener una conciencia propia. Lo curioso es que la idea sobre el mundo pequeño y aleatorio salió de una película infantil donde un elefante adicto a soplar dientes de león

deja de hacerlo porque escucha a personas pequeñas pidiendo una oportunidad de vida.

Ella suele ser muy simple. Le gusta usar el mismo par de botas que no ha lavado en años, como no apegan ella cree que el mal olor es un mito creado por su madre para lograr que su yo de 10 años lave los tenis llenos de lodo y pasto por jugar hasta el cansancio en el patio. De vez en cuando suele recostarse en el suelo de algún lugar, así sin objetivo justo, tratando de recordar qué era lo que hacía, mientras entabla una fluida plática con su yo del pasado:

—Hola.

—¿Quién eres?

—Una persona que te caerá bien.

—No puedo hablar con extraños.

—Lo sé, son peligrosos.

—¿Sí?, ¿entonces cómo haces amigos si son desconocidos?

—Eres lista.

—Y tú bonita, ¿tienes amigos?

—Tengo un gato y dos plantas

Son pláticas simples que a ella le sirven para no olvidar quién era, porque sufre de pérdida parcial de memoria, lo cual le ocasionó severos problemas.

La última vez que supe de ella despertó un viernes bastante soleado, era temprano y el calor no dejó que conciliara el sueño cuatro horas más, como de costumbre. Su vida también era un baúl de costumbres variadas, del norte y sur. También hay que mencionar el hecho de que ese día ella tenía una cita importante. Iría a la tumba de alguien que, todos le aseguraban, ella amaba.

Su incomodidad se podía percibir hasta en el medio oriente, ya que con su pérdida parcial de memoria y

la corta edad que ella tenía cuando la persona murió era imposible entender de qué hablaban.

Llegó a casa de sus abuelos temprano. Tanto, que los sorprendió almorzando. Su abuelo le provocaba una satisfacción infinita, lograba formar unas bellas comillas en su rostro porque en cada desayuno tomaba un tarro enorme de café. Solía reírse, porque siempre lo imaginó bebiendo cerveza con ella. Por desgracia el señor era diabético y consumía medicamentos.

Su abuela era una mujer intimidante, recta, estricta y muy quisquillosa. Había sido militar, pero metió su retiro porque perdió a su hijo, el que iban a visitar al panteón. Ella supone que ver morir a alguien que amas y arrepentirte de no pasar tiempo con él, por estar en el trabajo, hace que la gente se dé cuenta de que hay cosas más importantes que el dinero.

Es muy extraña, pero muy simple y predecible. Su padre también es militar y ella se cuestiona si él se arrepentirá de haber trabajado más de 30 años sin descanso, cuando ella muera.

Todo esto pasa en su cabeza mientras se dirige a la pila de agua que está en el panteón. Su abuela a lo lejos, le grita que tenga cuidado ya que por ahí está resbaloso y se puede caer.

Lleva en la mano una cubeta y piensa sobre cuántos años llevará ese simple objeto en la familia. Está tan concentrada en querer saber un dato inútil que no se ha percatado que está a punto de pisar mal.

Su abuelo pega un grito muy agudo. Al parecer ella pisó justamente donde no debía y se resbaló. Su abuela corrió a su lado mientras su abuelo llamaba a una ambulancia. Ella solo sangraba de la cabeza, pero en realidad no le importaba mucho.

—¿Estás bien, niña?  
 —Mmm, sí  
 —¿Te duele?  
 —¿Qué?  
 —El golpe.  
 —Ah, no.  
 —¿Estás segura?  
 —Quiero vomitar y tengo mucho sueño.  
 —No te duermas.  
 —Bueno. Oye, ¿te puedo preguntar algo?  
 —Sí.  
 —¿Cuántos años tiene esta cubeta contigo?  
 —¿Qué?  
 —Sí ¿cuántos?  
 —Varios años  
 —Perfe...

## Arte poética (poema)

Poesía es:

Una bugambilia en el suelo  
 que al girar en el viento  
 despidiendo lo que fue  
 se plasma en un lugar sin nombre

Cuando en las tardes llueve  
 y el agua llega a los ojos  
 con risa de jacarandá, amarga  
 sollozando que el invierno viene tarde

Cohetes inesperados  
 destellando tras la silueta de un trauma  
 con manos grandes que estrujan  
 y manchas de café en el cuello

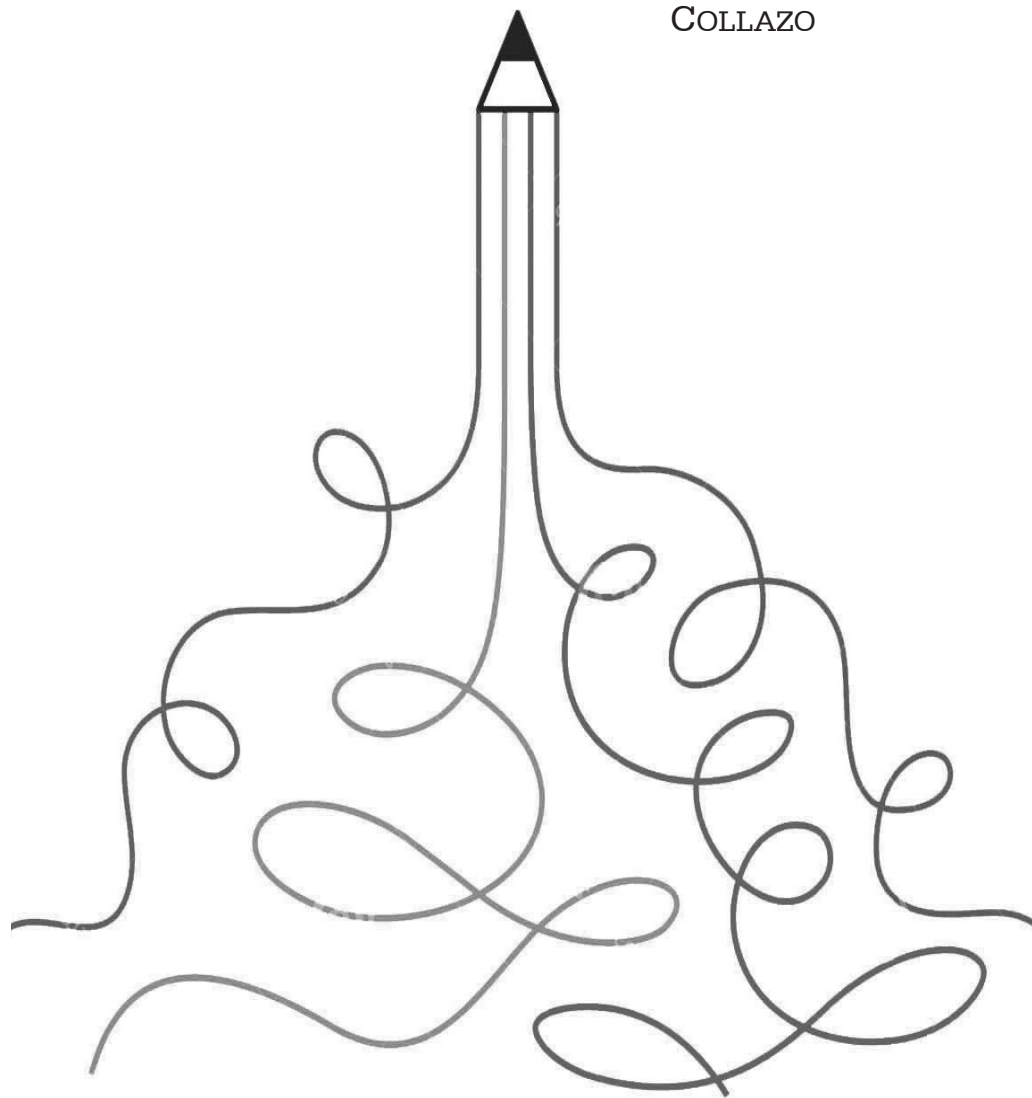
La música suena agria,  
 un escape por miedo a la multitud  
 que roza cuerpos por obligación  
 mientras se enciende el último tabaco

La primera pérdida de un pez  
 que se va ahogado  
 con una repentina desaparición  
 por un sueño a distancia

¿Cuántas veces se corrige?  
¿Cuántas veces se cambia?  
¿Cuántas veces se miente?  
¿Cuántas veces?

Queriendo perfeccionar  
algo que fluye,  
y un día  
huirá.

JUAN DAVID VILLALPANDO  
COLLAZO



(cuento sin título)

El periodista arribó a la ciudad para documentar el extraño ritual que se llevaría a cabo en los próximos días. Cada siete años, un niño o niña era elegido por los sabios del palacio para, por medio de artes ocultas y diabólicas, obligarlo a cargar en su conciencia con todos los pecados de los habitantes de ese lugar. Solo bastaba que cualquier persona relatará al oído del infante sus más abyectos deseos o secretos culpables, para quedar exenta de cualquier remordimiento. Además, a los niños elegidos se les cortaba la lengua para asegurarse de que, bajo ninguna circunstancia, expusieran las aberraciones que les eran confiadas. El único problema es que los pecados acumulados en el alma de los niños se concentraban hasta formar un espectro con forma de pez que crecía con el paso del tiempo, emitía un hedor terrible y acompañaba a los niños a todos lados, hasta que un día los infantes morían y se les debía encontrar un reemplazo.

El periodista arribó a la avenida principal de aquella ciudad y de inmediato pudo ver a una niña pelirroja sobre la cual flotaba un enorme pez; se tapó la nariz con un pañuelo y empezó a seguir a la joven que por un instante le recordó a su hija. La niña pelirroja iba con la espalda encorvada, arrastrando lentamente los pies y la mirada puesta en el suelo. El periodista la alcanzó



y se puso frente ella; al ver la cara demacrada de la niña no pudo entender por qué la gente de ese lugar era tan cruel, pero debía verificar si era verdad que la niña tenía el poder de limpiar las culpas, así que tomó a la niña de los hombros y empezó a contarle cosas que creía olvidadas. Le habló de una mujer de la que escapó tras saber que la había embarazado, le contó la vez que le robó a su hermana parte de la herencia que les dejó su padre, de cuando se acostó con la esposa de su hermano durante una reunión de navidad y le relató que, en una ocasión, aprovechando que su esposa se fue a visitar a unas amigas, manoseó a la hija de la vecina y la amenazó de muerte para que no contara nada. También le confesó todas las veces que obligó a su mujer a tener relaciones sexuales. El periodista notó que se iba sintiendo más feliz y más ligero con cada recuerdo del que se iba deshaciendo. La niña, en cambio, empezó a temblar, su piel palideció y, tras un largo suspiro, falleció. El enorme pez, al verse liberado de su ancla humana, se elevó llevándose el hedor y la maldad de los habitantes de la ciudad.

## Escribir sintiendo miedo e impotencia (escritura del yo)

Hoy me siento horrible porque, después de once años, hoy me van a despedir de mi trabajo. Me enteré ayer, a las 10 de la noche. No pude dormir bien. Estuve dando vueltas en la cama y sudando frío toda la noche porque no sé cómo le voy a hacer para pagar la hipoteca, la comida o los servicios de la casa. No podía pensar en otra cosa. Le conté a mi esposa y se echó a llorar, pero no sabía cómo tranquilizarla y le pedí disculpas por hacerla sufrir así. Nos metimos a la cama, pero mi mente hacía cuentas y más cuentas. Me dolía el estómago y sentía ganas de vomitar, pero iba al baño y no salía nada, así que regresaba a la cama a ver el reloj sin saber si quería que amaneciera o no. A las cinco de la mañana me levanté porque, de todas formas, no podía dormir. Me bañé, me rasuré: si hoy es mi último día de trabajo creo que por lo menos tengo que estar presentable.

## Lázaro (poema)

Regresa, Lázaro  
derrota las tinieblas  
y abandona el lecho pétreo.  
Recoge tus despojos y viste con orgullo tus harapos,  
sal de la cripta  
y disfruta la dicha  
de aquel que ha logrado volver de entre los muertos.

## (cuento sin título)

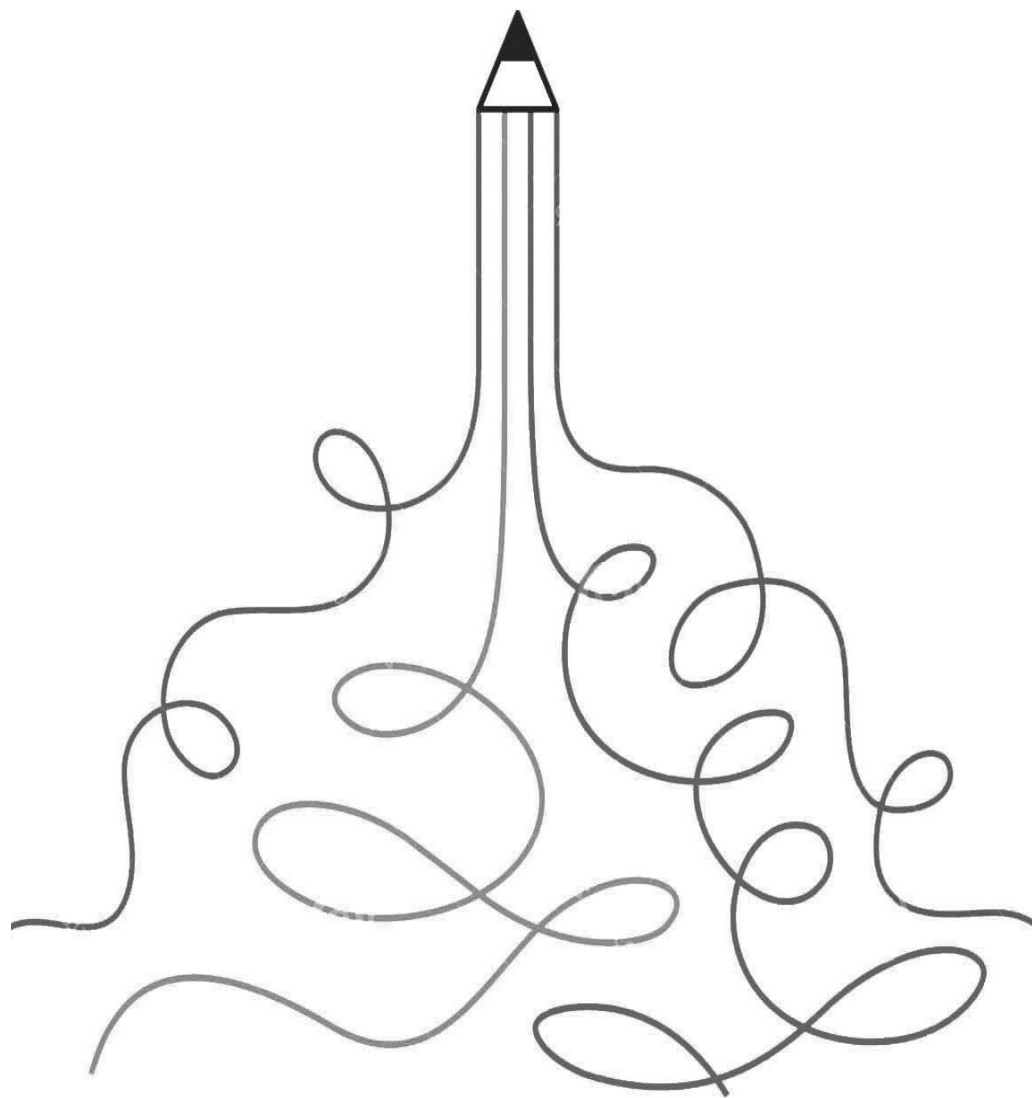
Su esposa le da palmaditas en la espalda y le dice: ya verás que todo saldrá bien. Fernando aprieta los párpados para no llorar, respira hondo y piensa en todas las veces que su mamá, sus hermanos y sus amigos le dijeron algo parecido en la última semana. Recuerda que, hace 10 años, entró a trabajar al call center de donde lo acaban de despedir; apenas eran 20 empleados que trabajaban amontonados en una oficina rentada y sin muebles; luego, un año después, se mudaron a una casa grande donde cada empleado tenía su propia oficina, pero cada uno debía llevar su propia computadora; por último, sus jefes construyeron un edificio en las afueras de la ciudad, con aire acondicionado, cafetería, estacionamiento y cada empleado tenía su propia oficina y su laptop. Era difícil para Fernando acostumbrarse a su nueva condición de desempleado en época de pandemia. Seguía despertándose a las 5:30 de la mañana, pero en vez de levantarse para bañarse, desayunar y alcanzar a salir de la casa a las siete, se quedaba acostado en la cama haciendo cuentas: agua, luz, teléfono, internet, la tarjeta de crédito, el cable, las colegiaturas de sus dos hijos y la hipoteca de la casa. Ahora solo contaban con el salario de su esposa y las deudas ascendían a 800,000 pesos. A lo mucho, su liquidación les alcanzaría para vivir dos meses y

ni vendiendo el auto y los muebles les alcanzaría para pagar todo. Fernando dejó de rasurarse y de peinarse, al grado de que su esposa lo tenía que obligar a bañarse pues se la pasaba dormido la mayor parte del día. "Todo va a salir bien. Eres muy capaz. No es justo lo que te hicieron y además en plena pandemia. Ya verás que Dios tiene algo mejor para ti, pero te está poniendo a prueba, así que tienes que tener paciencia". Fernando escuchaba lo que le decían sin decir nada porque no se sentía ni capaz ni afortunado. A veces se alegraba de recibir las visitas de sus amigos de la oficina que lo llevaban a tomar una cerveza, pero luego se arrepentía cuando los escuchaba hablar de los problemas de su ex trabajo o cuando lo llenaban con frases de optimismo barato.

A veces, sin motivo aparente, Fernando empezaba a respirar rápidamente, a sudar frío y se ponía a pensar que no tenía futuro y que ya no era nadie. No quería que sus hijos lo vieran en esa condición, pero, para ahorrarse la guardería, se quedaba a cuidarlos y fue por culpa de ellos que le nació la idea de matarse. Un día, los niños se pusieron a ver la película Coco y Fernando se sorprendió de que le agradara la idea de estar muerto para ya no tener problemas. Trató de olvidar el asunto, sin embargo, desde ese instante, el pensamiento lo acechaba a todas horas y poco a poco se fue acostumbrando a él. ¿Sería mejor usar una cuerda? ¿Dónde podría conseguir una pistola? ¿De qué altura debería dejarse caer? ¿Debía dejar una nota? Paradójicamente, la idea de morir pareció animarlo y, durante una semana, casi parecía ser el mismo que antes del despido: a su esposa le pareció una buena señal. Fernando, en cambio, se sentía tranquilo porque ya tenía fecha para irse de este mundo. El sábado,

durante la cena, la familia estaba feliz; Fernando no dejaba de besar a su esposa ni de acariciar a sus hijos. A la hora del postre Fernando dijo que tenía que ir al baño. Se levantó de la mesa y entró a su habitación; sacó la cuerda que había escondido debajo del colchón, se subió a una silla, amarró la cuerda al ventilador y a su cuello. Antes de saltar, miró su casa por última vez y escuchó la voz de su esposa y las risas de sus hijos que venían desde el comedor. Fernando empezó a llorar, musitó unas palabras de despedida, dio un pequeño salto con el que tumbó la silla y su esposa entró a la habitación.

EUGENIA RAYAS RIVERA



## Zapatos (ensayo)

Objeto interesante son los zapatos, además de necesarios si se vive en una ciudad porque, siendo sinceros, quién se atreve a salir a vivir la fantasía de correr por la campiña suiza acompañado de su perro y prescindir de esa cubierta protectora, a veces estética, otras de aspecto lamentable, cuando estoy segura que hay especies bacterianas todavía no identificadas por la ciencia en las calles de mi ciudad, o de cualquier otra, para efectos prácticos.

El volumen de inmundicia que podemos encontrar en el asfalto de una urbe es razón suficiente para considerar a los zapatos un triunfo de la civilización, vaya ironía. Como mujer que se ha dejado llevar por estándares de belleza impuestos etcétera, etcétera, puedo decir que los zapatos también han sido verdugos inconscientes que han dejado su marca en mis pobres pies del seis y medio.

Recuerdo aquellos años de usar tacones y no puedo evitar pensar ahora si había algo de masoquista en mí y lo reprimía a voluntad y conveniencia, porque el nivel de dolor que provocaron no valía todas las palomas o cubas del congal en turno. No era solo el dolor en sí mismo, eran las heridas sangrantes, la piel enrojecida, las ampollas supurantes, los dedos adormecidos, dejando un leve trauma que se hace presente, por ejemplo, en

el momento en que recibo la invitación a una boda. Lo sé, nadie me obliga a llevar esos aparatos de tortura, excepto quizás un poco las convenciones sociales enquistadas después de tantos años, pero vamos, nada que no se pueda remediar.

Recuerdo dos episodios en que los zapatos tuvieron un papel protagónico; en uno creo que toqué fondo respecto a ese no tan bello arte de llevar zapatos de tacón. Fue hace poco más de diez años, después de una animada noche de amigas y paseos de antro en bar y de vuelta al antro. Casi las cuatro de la mañana y el efecto del alcohol aminoraba, así que no sentir ya los pies era motivo de preocupación; de hecho, ya no era capaz de dar más de diez pasos sin maldecir por el dolor cuando decidí que lo mejor era quitarme esos objetos diabólicos y caminar así, descalza y sin miedo a nada. He visto lo que bestias y animales hacen, especialmente en esas calles del centro histórico de mi ciudad, lo que arrojan y hacen ahí, pero era mejor no pensar en eso. Al llegar a mi casa después de haber abordado un taxi y ver el estado de mis pies, me juré no volver a quitármelos pasara lo que pasara; maldita sea, era más fácil jurar no volver a ponérmelos.

Y por voluntad así fue, hasta que unos meses después, en un viaje por India, en cierta ciudad sagrada, a la entrada de cierto templo sagrado, fue requisito dejar los zapatos allí mismo, junto a cientos de otros pares, en su mayoría extremadamente sucios y gastados, dando cuenta del estado de los pies que los portaban. El pánico se apoderó de mí; consideré no entrar y dejar que mis amigas después me contaran lo maravilloso que había sido. Al final la envidia pudo más que el asco y la visita fue de maravilla, tomé hermosas fotografías

y mis pies no tuvieron que ser amputados. Objeto interesante son los zapatos.

## Saudade (minificción)

Una imponente mole se divisa casi llegando a Saudade, la más vieja y lejana de las ciudades. No es una montaña y no es una roca colosal; son siglos de zapatos dejados por los viajeros que, cansados de tan larga travesía y con la voluntad de ser mejores, no pueden sino ceder a la extraña petición de entrar a Saudade humildes, descalzos y agradecidos por la nueva vida que les espera.

## Tragedia (cuento)

Hace días que no veo al gato de la casa de enfrente. No es que me preocupe, pero su lento pasear frente a mi ventana me daba la excusa perfecta para levantar los dedos del teclado y la vista del papel, al menos por unos segundos. Y es que necesito esos segundos, ese momento de distracción para que este cuento que me nace, y de una vez yo mismo, respiremos, nos relajemos y sigamos hasta que alguien llegue a interrumpirnos, como todos los malditos días en lo que parece una conspiración sin fin para hacerme enloquecer. Veo la mancha que mi taza de café dejó sobre la mesa y mi ojo derecho comienza a temblar, así que rápido la limpio. Café, como los ojos del gato del vecino. –Es un mal momento para obsesionarte con eso, Lucas– me digo, molesto. Tengo un par de horas para terminar de escribir y no puedo concentrarme; el cuento debería provocar aversión, pero da pereza. Necesita algo más, se me está escapando un elemento con el que no logro dar. Prendo un cigarro y salgo al balcón y entonces lo huelo. Es un olor familiar, asqueroso. Helo ahí, el estúpido gato colgando de cabeza de la llamarada del muro, muerto, chupado y sin ojos. Hay algo atrayente en esa imagen que me gustaría plasmar. Ojalá fueras óleo sobre lienzo, putrefacto animal.

¿Y si lo escribo? Puede ser ese el elemento que buscaba, el que me faltaba; casi siento que esa cosa me pertenece a partir de ahora. De pronto me inunda un entusiasmo que hace mucho no sentía. Me acerco al escritorio para continuar con nuevos bríos y justo en ese momento alguien toca la puerta. Es la vecina.  
—Hola Lucas, buenas tardes. Hace días que no veo a mi gato Ramón. Le gustaba mucho pasear cerca de tu casa, ¿sabes algo de él?—. Sé muchas cosas, pienso, y niego con la cabeza.  
—No, lo siento—.  
Ramón. Qué nombre patético para un gato. Habrá que empezar otra vez.

La partícula (caligrama)

A todos los embriones  
A todas las montañas, a todos los ríos  
A todos los cometas, a todos los planetas.  
Dando a luz a cada posibilidad      **No intentes entenderlo**  
Anunciando el principio      Solo inventa a quien adorar  
Estruendo      A quien culpar  
Brillante      A quien odiar  
Bang      Amar  
Big      Amor  
**La partícula**  
**Todo.**      Que origina cada sueño      Dolor  
Cada rama, cada gato, cada pestaña      Dos  
Explota queriendo ser Dios, queriendo ser todo.      Uno  
No  
N  
A  
D  
A  
E  
S  
I  
N  
F  
I  
N  
I  
T  
O



## Manga y cómic (ensayo)

Cada año saco del cofre de los propósitos no cumplidos el de leer los cómics que tengo abandonados. Y cada final de año me doy cuenta de que es hora de meter esos tiernos propósitos de vuelta y dejar las historietas donde estarán seguras y seguirán siendo bellas, esperando que algún día por fin acepte que en realidad no me atrae tanto leerlas.

No hay que forzar las cosas. Creo que cuando lo haces en realidad te estás predisponiendo a detestar algo. Recuerdo bien a Condorito, a Memín Pinguín y a la Familia Burrón. Los recuerdo porque me parecían horribles; ahora, en cambio, creo que son interesantes como documento sociológico. Esos cómics me fueron de alguna manera impuestos por la nostalgia de mis padres, pero también me dieron una idea temprana de la decadencia. Esos personajes sacados de contextos marginales que casi podía escuchar con solo ver las viñetas, que me recordaban a las telenovelas que veía mi mamá, que no me divertían, aunque intuía que ese era su propósito.

Claro, también estaban los superhéroes y los detectives ¿podrá ponerse mejor la cosa? Pues comprobé después que no; la imposición de una imagen acompañada de un diálogo que tienes que seguir a rajatabla para no quedar perdido en alguna parte de la historia es frus-

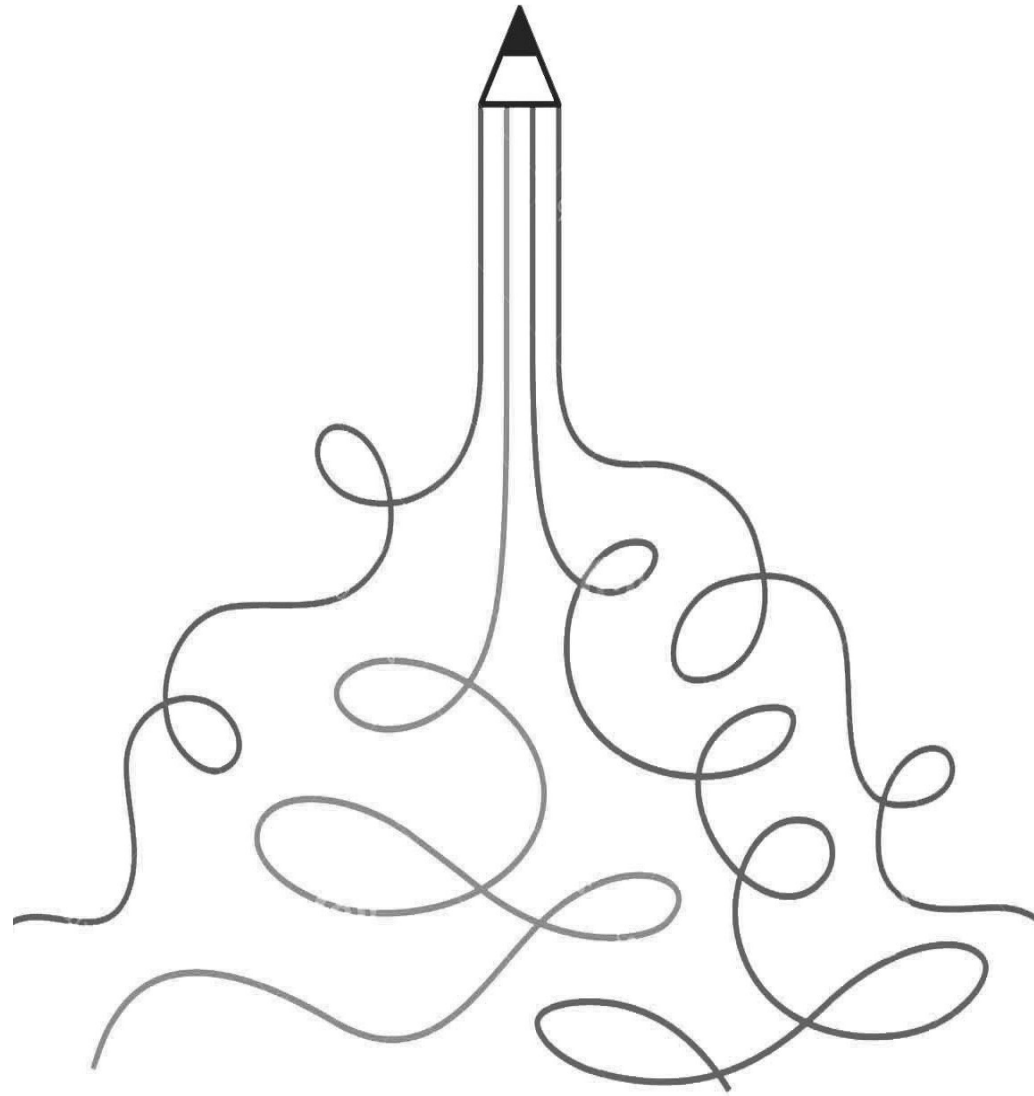
trante. Juro que a veces la posición de algún cuadro no tenía sentido: —¿Qué es esto?— me preguntaba. O sea que además de poner atención a la ilustración (no hay que faltarle al respeto al dibujante, al fin y al cabo, para eso es cómic y no novela ¿no?) y absorber los diálogos, también había que hacer el ejercicio mental de acomodar ese rompecabezas. Juro que no soy holgazana, pero sí mañosa y cuando se trata de historias necesito concentrarme en eso precisamente, en la historia.

Unos años después descubrí que no era del todo una causa perdida. En la pubertad me di cuenta que no había consumido el producto cultural adecuado y que, ya que recién había dejado atrás las caricaturas japonesas, porque eso es para niños, el siguiente paso lógico y más adulto era el manga.

Y bueno, la verdad es que muchos de los personajes del manga eran lo que la revolución hormonal del momento pedía. Fue quizás un primer y no tan brusco acercamiento a la sensualidad, pero todo bien, todo tranquilo porque eran solo monitos y la atención estaba más enfocada a una sola cosa.

Con los años descubrí nuevos autores y nuevas formas de contar historias más cercanas a través del cómic, incluso a los clásicos, y encontré verdaderas joyas visuales. Las historietas dejaron de ser solo un recurso nostálgico impuesto o soft porn y se convirtieron en objetos de interés, casi coleccionables, tanto que busqué emocionada alguna novedad en la sección de cómics en una famosa librería de Madrid y me perdí en Nueva York tratando de encontrar una conocida y gigantesca tienda dedicada exclusivamente al noveno arte. Ahora solo falta que además de olerlos y admirar las imágenes, por fin me decida a leerlos.

ANTONIO ARAUJO AGUIRRE



## Fin de la historia (cuento)

Abrió su libreta determinado a concluir la última hoja del cuento, su expectativa era grande. Ya lo había hecho otras veces, ¿por qué no hacerlo ahora? Ahora, este relato se había convertido en el cuento más difícil de su vida. Todo estaba escrito, sólo restaba agregar el final. Un cierre digno a su magnífica historia.

Tomó su pluma e intentó escribir, pero las fuertes ráfagas que soplaban en el mirador le dificultaron conservar las hojas en su sitio. Además, el paisaje de las lejanas montañas y el risco debajo de él desviaban su mirada hacia los coloridos sembradíos en el fondo del valle y distraían su concentración. «Debo hacerlo», se ordenó a sí mismo. Apretó las hojas con fuerza, escribió en ellas algunos párrafos, después arrancó lo escrito y rompió la hoja en pedazos; enfurecido los arrojó a la lejanía, donde el viento se encargó de esparcirlos.

—¿Algún problema?— preguntó con acento extranjero un tipo rubio a sus espaldas, mientras le colocaba la punta de una navaja en el costado.

—Ninguno— se limitó a contestar e intentó retomar la historia.

Su inverosímil capacidad para escribir cuentos en los que si el protagonista moría en la historia también moría en la realidad, le trajeron durante años buenos dividendos. Por un jugoso pago previamente estableci-

do esposas indeseables, maridos millonarios, enemigos políticos y hasta un futbolista habían muerto al final de sus numerosos relatos. Para él era un proceso muy sencillo, bastaba con escribir, *grosso modo*, la vida de la persona y la manera en que moriría al acercarse el final del cuento. La muerte podía variar; desde un accidente automovilístico, una enfermedad o acaso una caída de las escaleras. Dependía, sobre todo, de los gustos y la economía del cliente.

Pero ahora, mirando al precipicio, con la fina pluma fuente temblando en su mano, se preguntó si todas sus víctimas habían servido de algo. «¡Claro que habían servido!», se respondió, «cada una de esas insignificantes vidas, sirvieron para edificar mi grandeza».

No podía negar que se dio una buena vida y lujos en exceso, muy superior a lo que vivió durante su infancia en el campo. Vino a su mente, impulsada por una ráfaga, la tarde cuando niño escribió un cuento sobre una gallina, en el que el animal perdía la vida de una pedrada en la cabeza. Una hora después la gallina moría por una roca desprendida de una barda, que cayó aplastándole el cráneo. Al inicio pensó que era una coincidencia, pero en los días siguientes comprobó sus capacidades con la muerte de algunos otros animales de la granja, incluyendo a Roco, el perro de la familia que murió atropellado por un auto, igual que en su historia. Después lo corroboró en la escuela, con el cuento de un compañero que lo molestaba y caía de las escaleras, golpeándose la cabeza.

¿Cuántos habían muerto por su pluma desde entonces? En verdad lo ignoraba, escribir se convirtió en una cuestión de ganancia. Letras por vidas, vidas por dinero. Así de simple.

Una punzada en el costado lo trajo de nuevo al presente. —Si no hay problema, continúa entonces. Ya has disfrutado tu pago—, ordenó el rubio con su mal español, clavando aún más la navaja.

¡Chingada madre!, pensó, ¿cómo me fui a meter en esto? Sabía perfectamente como se había metido. Meses antes, con el asesinato del “candidato oficialista”, logró influir en el resultado de las votaciones, pero cuando mató en una de sus historias al dictador sudamericano el resultado no pasó desapercibido. El cuento había sido solicitado por altos mandos de ese país, que contaban con relaciones en la CIA y el FBI, por lo que el rumor de la eficacia de sus historias malditas se conoció incluso en el Pentágono. La orden de escribir un “bello cuento” sobre el dictador le llegó entonces directa del mismísimo presidente de los Estados Unidos, quedando así el camino libre para que los norteamericanos colocaran en el mando un candidato *ad hoc*. Pero los estadounidenses son personas ambiciosas y la paga en dólares le permitió una gran vida. Después de deshacerse de un mando militar iraní y un disidente norcoreano, los bonos aumentaron y pudo comprarse su deseado chalet suizo con muebles de lujo, auto a la puerta y una hermosa vista desde el mirador; mirador donde ahora se encontraba escribiendo.

—El tiempo se acaba— le recordó el rubio, mientras miraba su reloj.

Siguió agregando párrafos en la hoja, preparando el final esperado... de su última historia.

Cuando el gobierno estadounidense le encargó lo que llamaran “El Cuento Máximo”, pensó que sería un trabajo fácil. El presidente de la Federación Rusa sería el protagonista de la historia. Los tiempos y los modos ya estaban establecidos, pero la inteligencia rusa fue

un paso adelante, encontrando al cuentista antes de que concluyera el relato.

Y ahí estaba ahora, en el mirador de su chalet, con un agente ruso, navaja en mano, pistola enfundada a la cintura y el tiempo en contra para terminar. Al ser operación encubierta, los rusos no debían dejar rastro, por lo que le ordenaron al agente que lo obligara a escribir un cuento donde narrara su propio final.

Le faltaba la mitad de una cuartilla para concluir la historia de su propia muerte cuando, en medio de la presión, tuvo una idea feliz: evadir su final. Le dio la espalda al agente ruso, impidiéndole ver lo que escribía: «Estaba a punto de terminar el cuento, cuando el agente ruso sufrió un ataque de locura, soltó la navaja y, tropezando, cayó desde el alto mirador hacia el rocoso precipicio».

Instantes después el hombre rubio soltó la navaja, llevándose las manos a la cabeza. Intentó sacar la pistola y disparar, pero esta cayó de sus dedos. Volteó a mirar al cuentista, quien, de pie, daba la espalda al mirador y lucía como pintado al óleo sobre un cielo azul. Pudo ver que, en su rostro, se dibujaba una sonrisa burlona. —Fin de la historia, amigo— dijo sonriente el escritor. Su elegante saco café y corbata negra revoloteaban por el viento, mientras lo señalaba amenazante con la pluma y, en un alarde de arrogancia, arrojó la libreta al rostro del agente.

El ruso recibió el golpe y lo miró con ojos desorbitados. Entonces, por orden desconocida, comenzó a correr para arrojarse desde lo alto, sin perderlo de vista. En el último instante tropezó con una saliente del piso, tal como estaba escrito, pero cayó sobre el cuentista, atrapándolo con un abrazo. Una fuerte ráfaga los impulsó, desapareciendo ambos en el vacío.

## Último y primer acto (dramaturgia)

Personajes: Erick, Pepe, Fina.

Toda la escena sucede en el circo, tras bambalinas. Se oye música circense sonar a lo lejos. Los tres personajes, vestidos de payasos, esperan detrás del rojo telón la tercera llamada para comenzar su acto. Fina está de pie al frente, por ser la primera en entrar a la pista. Muy junto y por detrás de ella, también de pie, está Erick. Pepe se ubica un poco más atrás y permanece sentado sobre un ridículo banquito de tres patas. Sobre sus cabezas, Fina y Erick sostienen, con ambas manos, muchos globos de colores inflados y atados a cuerdas. Pepe también tiene globos, pero los lleva sujetos a la muñeca de la mano izquierda y en la mano derecha, enfundada en un guante blanco, sostiene una bolsa negra de plástico, donde se alcanzan a ver más globos desinflados. En lo que inician las llamadas Fina y Erick platican y ríen entre ellos en voz baja, mostrando felicidad. Pepe los observa inexpresivo y en silencio desde su banco. Se escucha una voz nasal que da la “Primera llamada”.

Fina y Erick continúan imperturbables con su charla. Pepe empieza a golpear el piso insistentemente con sus enormes zapatos. Sin apartar la vista de sus compañeros, mete la mano en la bolsa y saca un globo. Lo

infla lento, luego, toma un gran alfiler de su estrafalario sombrero y lo pincha. El sonido del estallido causa un sobresalto a Fina y Erick que se separan y, con el ceño fruncido voltean a ver a Pepe, quien sonríe.

Erick: Tranquilo Pepe, cálmate. Lo harás bien.

Fina: No es cosa de otro mundo. Tú sabes que siempre hay una primera vez.

Pepe: Estoy tranquilo.

Pepe mira al interior de la bolsa, hace una pausa y mete la mano. Saca un segundo globo, lo infla ante la mirada de Fina y Erick y vuelve a reventarlo con la aguja. Se escucha entonces la voz nasal, la “Segunda llamada”. Fina y Erick se colocan las esféricas narices rojas que, de un resorte, cuelgan de sus cuellos.

Erick: ¡Vamos Pepe! Hay que actuar, hay que hacerlo ¿o tienes miedo?

Pepe continúa sentado y se muerde la punta de los dedos de la mano sin guante.

Pepe: ¡Sí, lo haré, es mi debut!... voy a ser la estrella.

Fina se para frente a él, haciendo una mueca burlona.

Fina: Eres muy gracioso Pepe, pero ni para payaso sirves isólo eres una caricatura!

Se escucha en el fondo el aplauso del público y la voz del presentador anuncia la presencia en el escenario de los payasos Eri, Fini y Pipi. Fina se agacha para decirle algo en el oído a Pepe.

Fina: Erick es mejor payaso que tú, y anoche comprobé que también es mejor hombre.

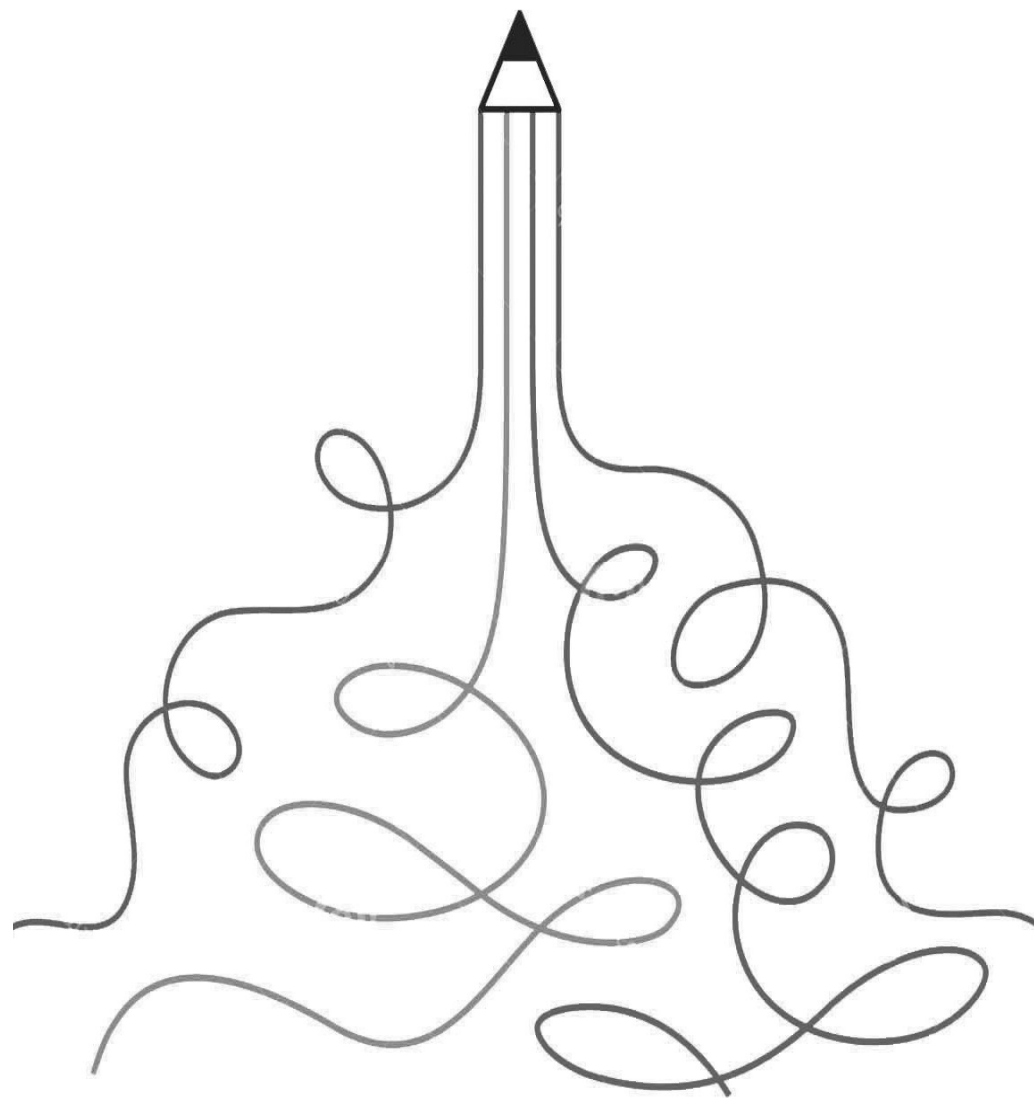
Sonriendo regresa a su posición, abre un poco el telón, lista para poder entrar cuando suene la tercera llamada y da la espalda a sus compañeros. Erick saluda a Pepe con una reverencia exagerada y una sonrisa falsa, y se coloca detrás de Fina. Pepe se levanta del banco sin apartar la vista de sus compañeros y mete la mano

enguantada en la bolsa negra. Se escucha la voz nasal dando la “Tercera llamada” y el fuerte aplauso del público dando la bienvenida. Pepe saca una pistola de la bolsa.

Pepe: Este será mi mejor acto.

Erick y Fina voltean a verlo, Fina grita. Pepe jala el gatillo y el disparo estalla al unísono con los globos. Erick y Fina caen muertos atravesando el telón.

JOSÉ LUIS CALDERÓN VELA



## Autorretrato (poesía)

Soy José Luis Calderón Vela,  
una figura casi esférica animada  
por la naturaleza y el movimiento de  
millones de átomos que lleva cada uno  
el nombre que una tarde me dio mi padre.

Tan peculiar siempre él, que siento nunca  
más volvió a comportarse conmigo ni con los  
diez hijos más que tuvo con mi madre igual como  
actúan todos los demás padres. A menudo parecía  
carecer de la claridad de ese intelecto.

Y así, animado con el alma de mi madre desde  
el piso de tierra, encima de una colchoneta,  
según el Google la mañana de un martes  
15 de marzo, la partera de la cuadra me sacó  
del éter donde el agua no es agua sino amor,  
fuego constructor que le da cuerpo a la ilusión  
y todas esas diecinueveveintemil cosas  
que primordialmente utilizamos para movernos.

Duele reconsiderar tanto dolor pero en definitiva  
no es más que la exhalación necesaria para comenzar  
el perpetuo fluir de un alma solitaria como la mía.



Tratando de describir quién soy ahora desconozco  
por qué tuve que detenerme en esta morbosa  
callada parte de mi vida.

Me quedaré con este rostro y este cuerpo  
de niño ahora necesitado del padre que se marchó  
sin irse dejando en los párpados de la madre diez  
hijos bajo un cielo denso que la abrumó cincuenta años.

(autoficción sin título)

La metí debajo de aquella tétrica escalera que tienen los viejos edificios de departamentos aún existentes en las colonias céntricas de la Ciudad de México. Jóvenes y recién casados, teníamos ganas de follar a todas horas. Ese lugar parecía perfecto para hacerlo antes de que se terminara esa fiesta improvisada que organizó mi padre, allí con el tío Rubén, aquella noche. En su momento nos ofrecimos para ir por más refrescos y cigarrillos. Estábamos convencidos de que nadie percibiría nuestra tardanza y si lo hicieran habríamos dicho que nos ocupamos comiendo tacos de la esquina. El tiempo pasó deprisa, sin embargo. Ahora teníamos que ir rápido por el encargo pero cuando intentamos abrir la puerta hacia la calle nos dimos cuenta que habíamos olvidado la llave. Cuando nos vieron entrar sin nada todos dirigieron la vista hacia el manojito de llaves que seguía colgado en el llavero. Hubo carcajadas, burlas y todo tipo de preguntas. Todavía lo recuerdo.

## Otoño veraniego (poesía)

Hay un verano retrasado tejiendo lluvias en otoño.

Hace brillar el rostro de las nubes,  
dejamos que la cicatriz resplandeciente  
hecha de sur a norte  
susurre sobre los hombros enormes ruidos  
como el choque de dos pirámides.

Los sauces querían agua  
para silenciar el espanto de la sequía  
y las señoras le robaban tiempo a sus quehaceres  
para guardar la ropa que habían lavado desde antier.

Cuando llueve la gente dormita, bebe más vino de la  
cuenta;  
despiertan los tejados y platican de constelaciones y  
estrellas  
y del mar que se guarda bajo la arquitectura de la tierra  
para salir fresquito de entre las piedras en forma de  
lágrimas.

Este otoño veraniego es un cántaro quebrado  
al que se le escurre el agua por cualquier arista  
con un dibujo abstracto de nubes en los cielos.

Una tarde de lluvia regresaré a buscar la hierba  
entre los sauces que en otro tiempo fue tu cama  
y me diste a tocar por primera vez el secreto de tus senos.

El infinito estaba cerca.

## Es esta mi poética (poesía)

Mis pensamientos y sueños.

Tierra alejada del mundo exterior.

Flama prohibida para extranjeros  
me visita cada noche,  
me asalta,  
me besa;  
es un montón de nubes bajando  
hacia mí en una locura astronómica.  
Conexión entre el tiempo y el espacio.

Caos presentado al hombre de la calle en paridad  
aunque para el poeta lo universal es la triada  
que a diferencia del pensamiento rectilíneo  
su naturaleza le dicta que hay siempre un centro,  
otros puntos, hasta el punto medio.

Elige las palabras como escoge los colores el artista;  
con extremo cuidado porque cada vocal o consonante  
yacerá como parte de su vida nueva  
a partir del momento que recoja nuevos lirios,  
otras cicatrices entre el fuego del camino,  
yendo al extremo de decir lo que queda por contar.

## Índice

Presentación \_\_\_\_\_ 7

### JULIETA RODRÍGUEZ BARAJAS

Trémula (minificción) \_\_\_\_\_ 11  
Poema sin título \_\_\_\_\_ 12  
Minificción sin título \_\_\_\_\_ 14  
El Elvis (cuento) \_\_\_\_\_ 16

### ERNESTO GÓMEZ OBREGÓN

El juego contra Pumas \_\_\_\_\_ 21  
Hormigas (minificción) \_\_\_\_\_ 23  
La libreremos. Flaco (cuento) \_\_\_\_\_ 24

### IVETTE GUTIÉRREZ

Ciudad invisible (minificción) \_\_\_\_\_ 31  
Cuento sin título \_\_\_\_\_ 32  
Monólogo (autoficción) \_\_\_\_\_ 35

IGNACIO GARCÍA

(Minificción sin título)	_____	39
Salsipuedes (autoficción)	_____	40
Historias del Serigoku Jidai		
(cuento)	_____	42
El mochilas (cuento)	_____	43
Ciudad de cristal (minificción)	_____	45
Profecía de Semana Santa		
(minificción)	_____	46

ESTRELLA TORRES HERNÁNDEZ

Bailando sola (poema)	_____	49
Eva (minificción)	_____	50
Batman y Robin (ensayo)	_____	51

DIEGO GUZMÁN

Polvo azul (autoficción)	_____	57
Vidas silenciadas (ensayo)	_____	61
Ciudad de humo (minificción)	_____	63

MARÍA DOLORES BÁRCENAS

Av. de la Tilapia (cuento)	_____	67
Indecisión (cuento)	_____	70
Camino (poema)	_____	73

Roja como mi gelatina		
(poema)	_____	74

DANIEL RAMÍREZ PÉREZ

Ángela (cuento)	_____	77
Michalsky (cuento)	_____	79
Al recuerdo presente (poema)	_____	82

NATALIA GUADALUPE GRANADOS SÁNCHEZ

Naguá I (minificción)	_____	85
Naguá II (minificción)	_____	85
Sueños (poema)	_____	86
Titos el loco (cuento)	_____	87

JOSÉ JUAN MARTÍNEZ GUERRERO

La manzanología del espíritu		
(cuento)	_____	93
Futbol y anomia (ensayo)	_____	95
Monólogo (escritura del yo)	_____	98

GALIA MONZZONI

Calle H (cuento)	_____	103
(Poema sin nombre)	_____	106
(Caligrama sin nombre)	_____	108

JONATHAN RODRÍGUEZ

Hormigas (minificción)	_____	111
Tachas (cuento)	_____	112
Música y silencio (ensayo)	_____	115

ARIADNA JOSELYN AQUINO ALVARADO

Leal hasta la muerte		
(cuento)	_____	119
Arte poética (poema)	_____	123

JUAN DAVID VILLALPANDO COLLAZO

(Cuento sin título)	_____	127
Escribir sintiendo miedo e impotencia		
(escritura del yo)	_____	129
Lázaro (poema)	_____	130
Cuento sin título	_____	131

EUGENIA RAYAS RIVERA

Zapatos (ensayo)	_____	137
Saudade (minificción)	_____	140
Tragedia (cuento)	_____	141
La partícula (caligrama)	_____	143
Manga y cómic (ensayo)	_____	144

ANTONIO ARAUJO AGUIRRE

Fin de la historia (cuento)	_____	149
Último y primer acto		
(dramaturgia)	_____	153

JOSÉ LUIS CALDERÓN VELA

Autorretrato (poesía)	_____	159
(autoficción sin título)	_____	161
Otoño veraniego (poesía)	_____	162
Es esta mi poética (poesía)	_____	164

## DIRECTORIO

Diego Sinhue Rodríguez Vallejo  
*Gobernador Constitucional del Estado  
de Guanajuato*

INSTITUTO ESTATAL DE LA CULTURA DE GUANAJUATO

María Adriana Camarena de Obeso  
*Directora General*  
Mauricio Vázquez González  
*Director Editorial*

## EDICIONES LA RANA

**Mauricio Vázquez González**  
*Director Editorial*

**Fátima del Rosario Molina Ramírez**  
*Asistente de dirección*

**Luz Verónica Mata González**  
*Coordinadora editorial*

**Eugenio Tonatiuh Mendoza Escamilla**  
*Coordinador de diseño*

**Virginia Díaz Martínez y Berenice Macías Hegler**  
*Diseño y formación*

**Raúl Bravo**  
*Coordinador de promoción editorial*

**Hilda Méndez Ramírez**  
*Catalogación y medios digitales*

**Ma. de los Ángeles Rea Campos**  
*Coordinadora administrativa*

**José de Jesús Aceves Hinojosa y J. Eleazar Rodríguez Lozano**  
*Auxiliar administrativo*

**José Ramón Ayala Tierrafría**  
*Coordinador del taller de imprenta*

**José Román López González, Miguel Ángel Solano Cuéllar  
y Simón González García**  
*Impresión, encuadernación y acabados*

Formación: Virginia Díaz Martínez  
Cuidado de la edición: Luz Verónica Mata González



